

PUNTO ROJO

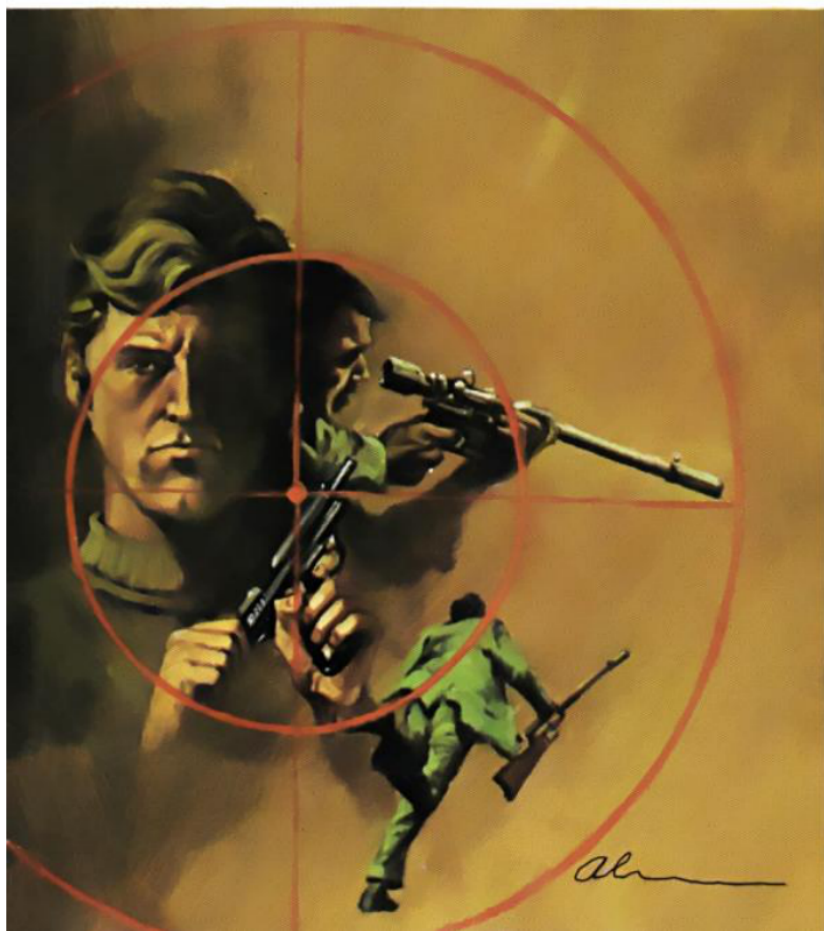
**BRU
GUE
RA**

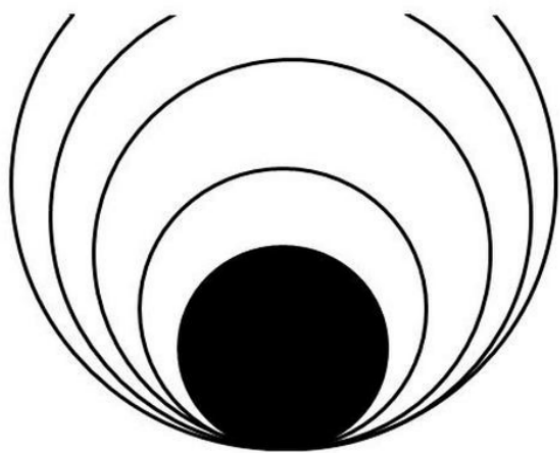
BOLSILIBROS

POLICIACO

**PHIL FANN,
CAZADOR**

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARADOS

**PHIL FANN,
CAZADOR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1103
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 13.827-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1983

1ª edición en América: diciembre, 1983

© Clark Carrados - 1983

texto

© Almazán - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

De pie en la terraza de su espléndida residencia, Mitch Hammill contemplaba satisfecho la marcha del último de sus invitados. Realmente había sido una fiesta espléndida y Hammill tenía motivos más que sobrados para sentirse contento de la vida.

Sus dos guardaespaldas se disponían a cerrar la verja que permitía el acceso al amplio jardín que rodeaba la casa. Para llegar a la terraza era preciso utilizar una amplia escalinata de veinticuatro peldaños, con un rellano intermedio. La balaustrada era de piedra y estaba adornada con enormes jarrones del mismo material.

Al pie había un gran estanque, con un surtidor en el centro. Un juego de luces, cambiante en su policromía, aumentaba todavía más el hermoso aspecto del jardín, brillantemente iluminado por todas partes.

Dubbie Shonish y Terry Kayton regresaron lentamente, dando un rodeo a causa del estanque. Hammill, en pie al principio de la escalinata, tenía las manos a la espalda y sujetaba un humeante cigarro con los dientes.

Repentinamente, Kayton lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, jefe!

Hammill se atiesó. En el mismo instante, sintió en las muñecas el frío contacto de unas esposas. Una voz sonó a sus espaldas:

—Mitch Hammill, queda arrestado por el asesinato de James MacTruro. Y le advierto que tiene derecho a llamar a un abogado y a permanecer callado, si así lo desea; pero si habla, todo lo que diga podrá ser utilizado contra usted en el momento del juicio.

Hammill se estremeció horriblemente.

—¿Sargento Fann?

—El mismo —contestó el hombre que acababa de ponerle las esposas.

—Phil Fann, cazador, le llaman.

—No me importa lo que me digan. Lo que sí es importante es que, al fin, he podido ponerle la mano encima. Tengo un testigo de su crimen, ¿sabe?

Sobrevino un instante de silencio. De súbito, Hammill se revolvió y golpeó al policía con el hombro izquierdo, a la vez que lanzaba un potente grito:

—¡Andad con él, muchachos!

Sorprendido, Fann cayó de espaldas al suelo. Los dos esbirros subieron la escalera, saltando los peldaños de cuatro en cuatro.

Fann se levantó ágilmente, cuando ya tenía los guardaespaldas a pocos pasos de distancia. Hammill intentaba huir y le asestó un terrible empujón que lo hizo rodar por las escaleras.

Shonish saltó por encima del cuerpo de su jefe y se precipitó con la cabeza gacha contra el policía. Fann lo recibió con un puñetazo capaz de derribar a un buey. El guardaespaldas se desplomó, fulminado.

Kayton se abalanzaba ya contra el policía. Fann movió la mano derecha de revés y la estrelló contra el rostro del sujeto. Kayton dio un enorme salto hacia atrás y cayó de espaldas en la escalera. Su cráneo hizo un horrible ruido al chocar contra el borde de uno de los peldaños.

Inmediatamente Fann se arrojó contra Hammill, quien torpemente trataba de incorporarse. Agarrándolo por el cuello de su bien cortado traje, lo hizo ponerse en pie y le sacudió varias veces, hasta que sus dientes entrechocaron ruidosamente.

—Esta vez no escaparás, maldito hijo de perra —dijo rabiosamente—. Ni cien guardaespaldas podrían librarte de lo que te espera cuando te sientes delante de un juez.

Hammill le miró turbiamente, pero con todos los sentidos intactos. Por su mentón corría un hilillo de sangre.

—Le costará caro, sargento. Haré que le expulsen de la policía y no podrá encontrar trabajo ni siquiera de barrendero.

Fann no hizo caso de las amenazas del sujeto y le empujó rudamente hacia el jardín.

—¡Andando! —ordenó—. Me paso todo lo que dices por debajo de las piernas, ¿entiendes? Todo lo que debes saber es que existe un testigo que te enviará a presidio para el resto de tus días.

Agarró por un brazo a Hammill y le obligó a descender la escalera. Mientras bajaban, echó un vistazo a los dos guardaespaldas.

Shonish, sentado en uno de los peldaños, se quejaba sordamente, agarrándose del brazo derecho con la mano izquierda.

El otro no se movía.

Seguía caído, con los pies más altos que la cabeza y esta torcida en un ángulo muy extraño.

—Debe de haber muerto —murmuró Fann—. Un bastardo menos...

Llamó a la puerta y abrió cuando le concedieron permiso para entrar. Avanzó unos pasos y se detuvo ante la mesa ocupada por su jefe.

—Me ha llamado, señor —dijo Fann.

El comisionado de policía le miró severamente.

—Hammill está libre —anunció.

Fann se puso rígido.

—¿Cómo ha conseguido...?

—Tiene un buen abogado. Además, el testigo que debía declarar contra él ha desaparecido.

—Es muy típico de Hammill. Yo le pedí a usted protección para ese testigo...

—Burló al policía que lo escoltaba y desapareció. Pero eso no es todo. Hammill quiere presentar una querella contra el departamento.

Fann rió amargamente.

—¡Es lo que me faltaba por oír! —exclamó—. El asesino demandando a las personas decentes. Grotesco, ¿verdad?

—Hammill le acusa a usted de malos tratos, a él y a sus empleados. A Shonish le causó diversas lesiones, incluyendo una fractura de brazo. En cuanto a Kayton, murió a consecuencia de la caída provocada por un golpe que usted le propinó.

—¡Yo había arrestado ya a Hammill y él les ordenó que me atacasen, señor! —gritó Fann.

—Él da una versión muy diferente, pero en todo caso lo cierto es que hubo una muerte. Phil, lo siento, pero no quiero que el departamento se vea envuelto en un pleito nada beneficioso.

—¿Qué quiere decir usted, señor?

—Hammill retirará la demanda... si usted le olvida. No pide que le expulsemos; sólo quiere que deje de perseguirle, cosa nada difícil si yo le asigno un puesto digamos... en el archivo.

Fann era un hombre joven, de unos treinta años, no muy alto, tremendamente robusto y con unas facciones que parecían talladas en madera de roble y con un hacha. Su rostro se congestionó al oír las palabras de su jefe.

—De modo que eso es lo que quiere Hammill —murmuró.

—Sí, y en bien del departamento. Maldita sea, Phil, ¿por qué tuvo que actuar así? ¿No podía haber hecho el arresto de una forma menos... ruda?

—¿Cómo quería que lo hiciera? —gritó el joven descompuestamente—. ¿Entregándole un ramo de flores? Hammill habría ordenado a sus sicarios que me acribillasen a balazos, y eso es lo que estuvo a punto de suceder si no me hubiese defendido de sus ataques.

—Ésa es su versión, Phil. La de Hammill es muy distinta.

—¡Basta! —cortó Fann—. Hammill quiere mi cabeza. Bien, la tendrá, no se preocupe usted. Todo a la mayor gloria del departamento de policía de Sthandertown.

Fann sacó su placa y el revólver y dejó ambos objetos sobre la mesa. Luego se encaminó hacia la puerta.

—No pierda el sueño por mí, jefe. Mañana mismo tendrá mi dimisión por escrito —se despidió.

—¡Espere, hombre! No se lo tome tan a pecho. Todo se puede arreglar, con un poco de buena voluntad...

El joven se volvió. Sus ojos llameaban.

—Usted ocupa un cargo político. Yo soy un profesional. Ésa es la diferencia entre ambos, si lo sabe entender. Yo no admito presiones de nadie y usted sí debe aceptarlas. Bien, repito que no debe preocuparse de mí. Se ha acabado Phil Fann, cazador. Puede que ahora me dedique a la pesca; es menos comprometido. ¡Adiós!

Fue a cerrar de un portazo, pero pensó en el cristal que iba a romperse y contuvo sus deseos de una despedida ruidosa. Pero había tomado una decisión y no pensaba rectificar.

Silbando alegremente, cargó con los trebejos de pesca y salió de la cabaña, disponiéndose a caminar hasta el arroyo cercano. El día era espléndido y el sol chispeaba al pasar entre las ramas de los

árboles. En el cielo se movían perezosamente algunas nubes blancas.

Fann descendió por la ladera, en sentido oblicuo, buscando el remanso donde sabía obtendría unas cuantas presas. El camino de acceso a la cabaña quedaba a su derecha, parcialmente oculto entre la espesura.

De pronto creyó ver algo extraño.

Parecía un cuerpo humano, tendido en el suelo.

Fann se detuvo en el acto. Alargó el cuello. Sí, era el cuerpo de una persona y parecía dormida.

Sin embargo, el lugar no era el más apropiado para echarse a descansar. La hora, por otra parte, era relativamente temprana, ya que no habían dado aún las ocho de la mañana.

Además aquella postura le inquietó. No parecía natural y sintió curiosidad por ver lo que le sucedía al desconocido.

Desviándose de su ruta atravesó una zona particularmente espesa y llegó a las inmediaciones del camino. Entonces, con gran sorpresa, vio que se trataba de una mujer.

Lentamente se acercó a ella. Los rubios cabellos, largos y sueltos, aparecían extendidos en torno a su cabeza. Tenía los ojos cerrados, estaba encogida sobre sí misma y sus puños aparecían fuertemente cerrados. Asimismo vio que tenía las mandíbulas contraídas y que, en realidad, no estaba dormida, ya que de cuando en cuando sufría ligeras convulsiones, a modo de espasmos, que recorrían su cuerpo por completo.

La desconocida vestía una blusa blanca y pantalones de terciopelo negros. Sólo tenía un zapato; del otro no se veía el menor rastro.

Fann apreció muchas más cosas: la extremada palidez de su rostro, muy demacrado por otra parte, y la delgadez de su cuerpo. Pero también supo en el acto lo que le pasaba a aquella joven.

A duras penas contuvo una exclamación de cólera. La muchacha, sin duda alguna, estaba padeciendo los efectos del síndrome de abstinencia de la droga.

—¿Por qué tendrán que hacer eso algunas personas? —dijo rabiosamente.

Pero lo primero de todo, se dijo, era atender a aquella infeliz. Dejando a un lado los trebejos de pesca, se inclinó hacia ella y la

cogió en brazos.

—¡Qué poco pesa! —exclamó, sorprendido.

Momentos después, la joven, cuyo rostro le pareció conocido, descansaba sobre una cama, en una postura mucho más relajada, pero sin dar muestras de volver en sí. Entonces Fann hizo un singular descubrimiento.

Cualesquiera que fuesen las causas del extraño estado en que se hallaba la desconocida, no se debían a su adicción a las drogas.

CAPÍTULO II

Abrió los ojos torpemente y miró a su alrededor, sin acabar de darse cuenta claramente del lugar en que se hallaba. Transcurrieron algunos minutos antes de que sintiera la normalidad en su mente.

Entonces se dio cuenta de que estaba en una cama y sin una sola prenda de ropa encima, cubierto su cuerpo solamente con las sábanas y una manta. Se preguntó cómo había podido ir a parar a aquel lugar.

De pronto vio que se abría la puerta. Un rostro asomó por el hueco.

—Ah, al fin está despierta —dijo el hombre—. Siga ahí y no se mueva; enseguida le traeré un poco de caldo.

—Oiga... —dijo la joven.

—Las explicaciones más tarde —sonrió Fann.

Cinco minutos después entró en la habitación, con una bandeja en la que se veía un humeante talón, una cuchara y una servilleta. Fann agarró un taburete y se sentó junto a la cama.

—Usted quietecita, sin moverse. Yo le iré dando este sabroso caldo poco a poco. ¿Entendido?

—Sí, pero... al menos... me gustaría saber quién es usted...

—Phil Fann y puede llamarme simplemente por el nombre. ¿Cuál es el suyo, señorita?

—Clarabel van Thandt.

—Van Thandt —repitió él—. Eso explica que su cara me pareciera conocida en el primer momento. Bueno, ahora vamos a ocuparnos de su salud.

Lentamente los colores, aunque no demasiado intensos, volvieron al demacrado rostro de Clarabel. Gotas de sudor aparecieron incluso en su rostro y, al advertirlo, Fann las secó con su pañuelo.

—Ya no puedo más —sonrió ella, cuando el tazón estaba

mediado.

—Bueno, luego tomará algo sólido, Clarabel; ahora a dormir.

—Quisiera...

—Usted no quiere nada —cortó él enérgicamente—. ¡A dormir!

—Sí, tengo sueño...

—Lo mejor de todo es que es un sueño natural, Clarabel.

Ella se durmió a los pocos instantes. Cuando despertó vio, a través de la ventana, que el sol estaba a punto de ponerse.

Fann apareció más tarde, con una bandeja en las manos. Clarabel tomó un poco de carne asada y zumo de frutas.

—Creo que... empiezo a recobrarme —sonrió—. He debido de permanecer muchas horas sin sentido, ¿verdad?

—Casi cinco días —contestó Fann.

La sorpresa apareció inmediatamente en los ojos de la joven.

—¡Cinco días! —exclamó.

—En efecto. En verdad, no estaba usted inconsciente por completo, pero sí extrañamente ausente de la realidad. No hacía nada, no hablaba, no se movía... En fin, me costó lo mío que tomase algo de alimento, y lo comía maquinalmente...

Las manos de Clarabel aferraron el embozo de las sábanas.

—¡Estoy sin ropas! —dijo.

—Tuve que hacerlo, no había otro remedio. Además usted tenía arañazos y magulladuras por todas partes. En fin, si yo hubiese sido otro habría actuado como aquel médico al que fue a visitarle un paciente que se sentía muy mal.

—¿Qué hizo ese médico, Phil?

—Pues... tiró el enfermo a la basura.

Ella casi se echó a reír. Fann añadió:

—Pero usted no estaba tan mal, aunque, si he de serle sincero, en un principio pensé que su estado se debía a falta de droga. Pero no vi señales de pinchazos en sus brazos.

—¿Droga? Dios mío, no; jamás se me ocurriría...

—Lo celebro, Clarabel. Bueno, ya ha cenado y su aspecto empieza a cambiar, aunque tardará muchos días en estar completamente bien, como se sentía hace algunos meses.

El rostro de la joven se oscureció.

—Hace unos meses yo era feliz...

—Lo sé —contestó Fann—. También sé lo que sucedió, pero

ahora está en vías de recuperarse. Le traeré un vaso de leche tibia y verá qué bien duerme esta noche.

—Usted quiere hacerme una cura de sueño —sonrió Clarabel.

—En estos momentos es lo que más le conviene.

Fann entró en la habitación con unas prendas de ropa en las manos y se detuvo junto a la cama.

—¿Podrá vestirse usted o lo hago yo?

Clarabel le miró intensamente.

—Me desnudó para meterme aquí —dijo.

—Y la bañaba a diario, como una niña. ¡Dios! ¿Qué le pasó a usted? Se le podían contar las costillas, como a un perro famélico. Los huesos de la cadera amenazaban rasgar la piel...

—Es un poco largo de contar, aunque se puede resumir en pocas palabras, Phil —respondió la joven—. Después... de lo que usted sabe ocurrió, empecé a ser perseguida, y prácticamente no he parado de huir desde entonces.

—Si es así, su fuga ha terminado ya —dijo él con determinación—. Vamos, siéntese; la ayudaré a ponerse una de mis camisas. Los pantalones, en cambio, son los suyos. Los he lavado y recosí un par de rasgones que tenían.

—Usted sabe hacer de todo, Phil —sonrió Clarabel.

—La vida me ha enseñado mucho, en efecto.

—Creo que podré vestirme sola. Ya le avisaré cuando esté lista.

Fann dejó en el suelo los zapatos de la joven, ya que había conseguido encontrar el que faltaba. Salió de la habitación y aguardó fuera.

Clarabel apareció minutos más tarde. Su paso era todavía vacilante y el joven se apresuró a sostenerla por un brazo.

—De momento se sentará aquí, en la veranda —dijo—. Yo me ocuparé de todo y, ahora que está segura, me prometerá una cosa, Clarabel.

—¿Qué es, Phil?

—Tiene que comer. Comer como un caníbal hambriento. Le faltan lo menos ocho kilos y es preciso que los recupere.

Ella aspiró profundamente el aire puro de las montañas.

—Creo que aquí me repondré del todo, al menos en lo físico.

—En todo —aseguró Fann.

Por las noches hacía frío y Fann solía encender la chimenea.

Clarabel, sentada en un butacón junto al fuego, miró al joven. Fann parecía ensimismado, silencioso, mientras contemplaba las llamas que se agitaban en el hogar.

—Phil, ¿qué es usted? —preguntó ella de repente—. ¿A qué se dedica?

—En el momento actual, a nada. Hasta dos días antes de encontrarla a usted, era sargento de policía.

—Oh... ha dicho era...

—Sí, dimití. No me obligaron, pero creo que se sintieron muy aliviados cuando el departamento perdió al hombre a quien llamaban el cazador.

—Cazador... de hombres, supongo.

—De ratas, serpientes y bichos venenosos, pero todos de dos patas.

—¿Cometió algún desliz?

—Depende del punto de vista. Para mí todo fue correcto. Ellos pensaban de otro modo. Mí «víctima» tenía muchas influencias. Tantas que pudo salir bajo fianza, tras haber cometido un asesinato.

—La ley lo permite, Phil —dijo ella suavemente.

—Si no le importa prefiero no hablar de eso. No es que me remuerda la conciencia, pero pensar en lo que me pasó es como mirar un cubo de agua sucia.

—Comprendo. Y se vino aquí para... digamos olvidar.

—Sí, necesitaba airear la mente un poco. Luego apareció usted, huyendo de... ¿De quién, Clarabel?

—De los mismos que exterminaron a toda mi familia, Phil.

Fann se volvió hacia la joven.

—Por lo visto, quieren que desaparezca el apellido Van Thandt.

Ella asintió.

—Así es, Phil —contestó serenamente.

—Nunca se supo quién lo hizo —dijo el joven.

—Incluso se llegó a sospechar de mí. ¡Por Dios! ¿Cómo iba a desear yo la muerte de mis padres y mis dos hermanos menores? Cada uno de los hermanos teníamos nuestra fortuna particular, heredada del abuelo. Todo el mundo sabía, por otra parte, que mis gustos y aficiones eran más bien sencillos y que yo no era dada al lujo ni tampoco era una derrochadora. Aunque no rechazaba todas las invitaciones, tampoco me pasaba la vida de fiesta en fiesta.

—Sí, fue un suceso muy sonado. Perdón —dijo el joven instantáneamente—, no quise molestarla, Clarabel.

—Empiezo ya a acostumbrarme a la idea —respondió ella—. Pero fueron unos meses horribles, y además me perseguían constantemente...

—Por lo visto, la perseguían también cuando la encontré cerca de mi cabaña.

Clarabel hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Intenté burlarles y ahora veo que lo conseguí. Lancé el coche por un barranco y sé que se incendió. Ellos debieron ver el fuego y pensaron que yo había muerto.

—No vi resplandor de llamas.

—Ocurrió a un par de millas de aquí. Yo seguí a pie por el camino, suponiendo que me llevaría a alguna parte. Pero estaba agotada, exhausta, después de varios días de no dormir y sin comer apenas. Creo que me sobrevino un *shock*... y lo primero que recuerdo fue que estaba en una cama, en su cabaña.

Fann le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Si la creen muerta se sentirá tranquila. Aquí se repondrá por completo y en un par de semanas estará como nueva. No tema, yo me ocuparé de que no le pase nada.

—Phil, creo que fue una suerte venir aquí —dijo Clarabel.

—No le quepa la menor duda —aseguró el joven.

Los colores habían vuelto al hermoso rostro de la joven. Clarabel había recuperado prácticamente el peso perdido y ahora volvía a ser la misma de antes, una joven de radiante belleza y escultural silueta. En sus ojos había un brillo nuevo y sus labios, sin necesidad de maquillaje, aparecían cálidos y palpitantes de vida.

—Phil —dijo, dos semanas después de levantarse por primera vez—, creo que no olvidaré jamás mi estancia en este lugar. Nunca podré agradecerle lo bastante cuánto ha hecho por mí y un día me gustaría expresarle mi gratitud con algo más que simples palabras.

—Cuando llegue el momento discutiremos el asunto —respondió él con jovial acento—. Ahora, para que se distraiga un poco, le voy a dar trabajo.

—¿Qué trabajo, Phil?

—He traído cuatro truchas del arroyo. Límpielas y prepárelas para la cena de esta noche. Mientras tanto yo iré a revisar un par de

trampas que puse ayer. Quizás encuentre un conejo y así tendremos un menú digno de Cicerón.

—Era Lúculo el que se ufanaba de su mesa —rió ella.

—Cicerón también comía, supongo.

Clarabel lanzó una alegre carcajada.

—Me lo tengo bien merecido —dijo—. De acuerdo, me ocuparé de las truchas. Procure no tardar, Phil.

—Media hora, a lo sumo.

Fann echó a andar a través del bosque. Encontró un conejo. La otra trampa no había funcionado, debido sin duda a un animal muy listo, que no había dejado engañar.

Luego, para regresar a la cabaña, se dirigió hacia el camino. Cuando llegaba a las inmediaciones, oyó voces:

—Tiene que estar por aquí, no puede ser de otro modo.

—¡Hum! A mí me parece que estamos siguiendo una ruta equivocada...

—Ella escapó. Sus restos no aparecieron en el coche incendiado.

Fann se detuvo instantáneamente.

Aquellos dos hombres, no cabía duda, buscaban a Clarabel. Por lo visto, la persecución no daba señales de cesar.

Avanzó unos pasos más y los vio enseguida. Ellos se movían lentamente a lo largo del camino, buscando evidentemente rastros de la mujer a la que perseguían. Fann decidió que debía darles una buena lección.

Sin hacer el menor ruido se aproximó al camino. Pero de pronto pisó inadvertidamente una rama seca.

El chasquido resonó con fuerza. Los dos sujetos se volvieron en el acto.

—¿Quién diablos anda ahí? —masculló uno de ellos.

Fann decidió que ya no hacía falta continuar oculto.

—Están en propiedad privada —dijo, al salir al descubierto—. Lárguense de aquí en el acto.

Los dos sujetos cambiaron una mirada.

—Tendremos que dar una lección a este palurdo —dijo el primero que había hablado.

—Un tiro en una pata, por ejemplo —sugirió el otro, a la vez que sacaba una pistola.

Fann reaccionó con indescriptible rapidez. Llevaba el conejo

sujeto por las patas traseras y movió el brazo con todas sus fuerzas, estrellando el animal contra el rostro del individuo.

Se oyó un atroz rugido. El sujeto cayó de espaldas, solando el arma inmediatamente. El otro intentó sacar una pistola.

Fann se arrojó sobre él, agarrándole por la muñeca cuando el arma aparecía al descubierto. Hizo un veloz movimiento de torsión y la mano del hombre giró en sentido contrario. En el mismo instante se oyó un sordo estampido.

El hombre lanzó un atroz quejido. Abrió los brazos y cayó de espaldas. Su camisa humeaba levemente.

Fann apretó los labios. Aquel tipo había querido matarle y no sentía su muerte en absoluto, pero el hecho podía acarrearle complicaciones.

Para defenderse buscó una de las dos pistolas. Cuando se incorporaba vio al otro que escapaba a toda velocidad.

Una especie de instinto defensivo le hizo levantar la mano armada, pero la bajó en el acto. No quería disparar por la espalda contra un fugitivo.

—Que se vaya, es lo mejor —dijo entre dientes.

Luego pensó en el caído. Debía apartar el cadáver del camino.

Al inclinarse de nuevo vio la cabaña entre los árboles a menos de un cuarto de kilómetro. Ellos también la habrían visto, dedujo.

Un cuarto de hora más tarde entraba en casa.

Clarabel salió a su encuentro.

—¡Phil! ¿Qué ha pasado? Me ha parecido oír una detonación.

—Tenemos que marcharnos —dijo él—. Creo que han descubierto el escondite.

Ella palideció.

—Me lo suponía —murmuró—. Nunca cesará la persecución...

—En eso se equivoca. Voy a ver si acabo con esta situación, aunque para ello tenga que cortar unas cuantas cabezas —dijo el joven furiosamente—. Por cierto, Clarabel, aún no me ha dicho de quién sospecha usted.

—Sólo pudo hacerlo una persona: el hermano de mi abuelo. Se sintió muy decepcionado cuando vio que no le había dejado nada en el testamento, ¿comprende?

—¡Vaya un tipo! —Critizó Fann—. Bueno, ya resolveremos este asunto. Ahora lo que importa es dejar la cabaña cuanto antes.

—Sí, pero ¿dónde me esconderé, Phil? —preguntó Clarabel angustiadamente.

El joven sonrió.

—No se preocupe; el lugar donde va a estar a partir de ahora es acaso menos conocido y, desde luego, mucho más seguro que esta cabaña —respondió.

CAPÍTULO III

La mujer que abrió la puerta era alta, robusta, de sólido pecho y caderas macizas. Tenía el pelo castaño oscuro y aparentaba unos cuarenta años. Sin ser guapa, ofrecía una expresión que hacía su rostro atractivo apenas se veía por primera vez.

Sonrió al reconocer a uno de los visitantes.

—Vaya, Phil —exclamó alegremente—. Al menos podías haberme invitado a la boda. Ya sé que hoy día no se estilan ciertas fórmulas antiguas, pero de todos modos la familia es la familia...

—Te equivocas, encanto —contestó Fann—. Sally, te presento a Clarabel van Thandt Clarabel, mi hermana Sally.

—¿Cómo está, señora? —saludó la muchacha.

—Encantada —Sally estaba desconcertada—. Van Thandt, de los...

—Sí, de esa familia precisamente. La única superviviente, Sally. Pero dime, perla de mi familia Fann, ¿hasta cuándo nos vas a tener en la puerta?

Sally se puso una mano en la boca.

—Oh, perdona. Anda, pasa... Clarabel, no sé por qué viene usted con el sinvergüenza de mi hermano, pero acaba de entrar en su casa.

La joven sonrió tímidamente.

—Muchas gracias, señora Fann —contestó.

—¡Qué gracia! —rió Sally—. ¿Has oído, Phil? Me llama señora y todo. Hija, por desgracia soy soltera, de modo que el tratamiento sobra. Y además quiero que me llames por mi nombre. ¿Estamos?

—Sí... Sally, como usted diga...

—Bueno, hermano descastado, casi hijo pródigo, ¿qué tripa se te ha roto ahora?

—Traigo a Clarabel para que la tengas como huésped en tu casa durante una temporada. No tendrás inconveniente, supongo.

—Oh, no, en absoluto. Precisamente necesitaba una criada para que barra, friegue los suelos, se ocupe de la vajilla, de la ropa, de planchar, de sacar a pasear los seis perros que tengo... La gata ha tenido gatitos, pero anda seca o poco menos, de modo que tendrá que dar biberón a los recién nacidos...

Bruscamente, Sally soltó una atronadora carcajada.

—Todo es broma, querida —añadió—. Tengo una asistenta que se ocupa de todo y tú no tendrás que hacer nada, salvo... —La miró de arriba abajo—. Engordar, demonios; estás flaca como un palillo de tambor.

—Pues ha ganado cinco o seis kilos en todo este tiempo —protestó el joven.

—Aun así, le faltan todavía tres o cuatro más.

—Sally, ¿te das cuenta de que aún no sabes por qué quiero que Clarabel se quede contigo?

—Supongo que es un testigo de cargo en un caso importante y quieres que esté aquí hasta que llegue el momento de declarar ante el tribunal. ¿Me equivoco?

—Sí, te equivocas, porque ya no estoy en la policía. Dimití hace más de tres semanas.

Sally silbó.

—Eso se avisa, hombre. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería darte un disgusto... pero ya te explicaré el asunto en otro momento. Ahora hablemos de Clarabel.

—Sí, adelante; te escucho.

—Ya sabes lo que le pasó a su familia. Bien, la cosa no terminó con aquellas cuatro muertes. El autor quiere matarla a ella también. Por eso la he traído aquí, para que esté contigo una temporada.

—Todo el tiempo que necesite —contestó Sally con gran vehemencia—. Pero viene sin equipaje...

—No lo tenía.

—En mi casa tengo ropas de sobra —indicó Clarabel.

—No —contradijo él—. Lo mejor será comisarle un equipo nuevo. Yo me ocuparé de ello, después de que mi hermana haya hecho una lista de todo lo que necesita usted. ¿Sally?

—Sí, Phil —contestó la aludida—. Clarabel, puede que te aburras aquí, en mi casa, porque yo tendré que hacer mi vida normal; pero al menos estarás segura.

—No sé cómo agradecerle...

—¡Bah, no tiene importancia! Anda, vamos a mi dormitorio; quiero tomarte las medidas para hacer una lista de todo lo que te hace falta.

Clarabel siguió a la dueña de la casa. Ésta, apreció, estaba decorada con sencillez pero buen gusto. Era una vivienda sin grandes lujos, aunque sumamente acogedora y dotada de todas las comodidades necesarias.

—Sally, ¿vive usted aquí continuamente? Quiero decir si no tiene que salir a trabajar...

Sally lanzó una de sus características carcajadas.

—No, no tengo que salir de casa para trabajar. Soy escritora de cuentos infantiles, ¿sabe?

De pronto, se puso seria.

—Tengo que escribir historias para niños, sin saber cómo son ni esperanzas de tener uno algún día.

—Pero... usted es joven. Todavía puede tener hijos...

—¿Y un marido? ¿Dónde está, Clarabel? —dijo Sally melancólicamente.

La muchacha no quiso seguir ya comentando un tema que, evidentemente, ponía triste a la dueña de la casa. Al cabo de unos momentos volvieron a la sala.

Sally entregó una nota a su hermano.

—Aquí tiene todo lo que necesita esta preciosidad —dijo—. ¿Te hace falta dinero?

—Por ahora, no, gracias.

—Phil, querría preguntarte una cosa. Puesto que ya no estás en la policía, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó Sally.

Fann se volvió hacia la muchacha.

—Voy a procurar que Clarabel pueda vivir tranquila, sin temor a la persecución de que es objeto constantemente —respondió.

—¿Quién la persigue?

—El hermano de su abuelo. Por cierto, Clarabel, aún no sé su nombre.

—En realidad, es hermanastro... Se llama Mitch Hammill —contestó la muchacha sorprendentemente.

Fann se sentó en el alto taburete y pidió dos *whiskys*.

—Uno es para ti, Stumpy Flatter —dijo.

El hombre que estaba a su lado volvió la cabeza solo un poco.

—Ya no eres cazador, Phil —sonrió.

—Lo sabes, ¿eh?

—La noticia se divulgó rápidamente. Muchos hampones respiraron satisfechos. Yo en cambio me siento muy deprimido. Ya no tengo noticias que publicar en mi periódico.

—Quizá sí, Stumpy.

La camarera sirvió el pedido. Fann levantó su vaso.

—Por un periodista sagaz, honrado y que sabe más cosas de esta podrida ciudad que cualquier otra persona —brindó.

Flatter bebió la mitad de su vaso.

—Suéltalo, Phil —dijo—. Hace mucho tiempo que no nos vemos y, aunque solías ser una buena fuente de información para mí, a veces me tratabas a patadas. No me invitas solamente para saciar mi sed, ¿de acuerdo?

—¿Eres telépata?

—Tengo cuarenta y cinco años y a veces me parece que son cuarenta y cinco siglos. He aprendido a conocer a las personas y cada día me siento más escéptico acerca del género humano.

—Eres un pesimista congénito —rió Fann.

—Fui optimista hasta que aprendí a andar. Desde entonces he cambiado un poco. ¿Qué te preocupa, Phil?

—Los Van Thandt —contestó el joven.

—Creí que sabrías muchas cosas...

—Algo oí en aquella época. Entonces yo estaba asignado a otro caso y no presté demasiada atención a la matanza. Hombre, conozco los detalles generales, pero... Me comprendes, ¿eh?

—Sí. Murieron los padres y los dos chicos, de catorce y diecisiete años. Ella se salvó, la mayor. La única superviviente.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Gas y dinamita, y un fósforo. Abrieron la espita en los sótanos y luego, cuando el lugar estuvo lleno de gas, alguien encendió... Bueno, dije un fósforo, pero era sólo metafóricamente. Se supone que dejaron un chisme conectado a un reloj, para que produjera una chispa a determinada hora. La chispa inflamó el gas. Por si fallaba, el asesino había colocado una docenita de bonitos cartuchos de dinamita. No hubo fallo en el gas y, a la explosión, siguió la de la dinamita. Resultado: la casa por los aires, con los cuatro ocupantes

dentro. Sí, literalmente, la casa voló en pedazos.

—¿Y ella?

—Había salido. Se marchó minutos antes de la explosión.

—¿Por qué? —se extrañó Fann—. Creo que fue hacia las dos de la madrugada...

—Ella era muy considerada con sus padres, pero tenía un pretendiente... o quizá algo más. Fue a verle cuando toda la familia dormía.

—¿Resultó cierto?

Flatter asintió.

—El tipo corroboró la coartada. No se podía dudar de su palabra. Un hombre decente, aunque pobre, sin antecedentes, con magníficos informes de su trabajo... Ella estuvo en su apartamento desde la una a las seis de la madrugada. Cuando regresó ya no tenía casa; sólo había un montón de escombros.

—Debió de sufrir un *shock* terrible —supuso Fann.

—Imagínate —contestó el periodista.

—Ella sospecha de determinada persona y yo conozco el nombre. Pero esa persona no lo hizo por sí mismo. Tuvo que emplear a alguien... posiblemente un experto.

—Tienes razón. Todos los indicios apuntan a Norrie Segan, un virtuoso de la dinamita, la gasolina y todo cuanto signifique hacer fuego, lápida o lentamente. Segan sería capaz de hacer cualquier cosa que tú le pidieras... siempre que se lo pagases bien.

—Por matar a cuatro personas le pagarían «muy» bien, supongo. Flatter se encogió de hombros.

—No se lo he preguntado —respondió.

—Yo se lo preguntaré.

—¿Piensas buscarlo?

—En efecto.

Los ojos del periodista se achicaron.

—Phil, tú ya no estás en la policía. ¿A qué diablos viene ese interés por unas muertes ocurridas hace casi un año?

—Hubo una superviviente, ¿lo recuerdas?

—Ella tuvo mucha suerte, desde luego.

—Alguien está empeñado en que no la tenga, Stumpy.

—¿Por qué? —se extrañó Flatter.

—¿No te imaginas los motivos?

—Hay mucho dinero de por medio...

—Exactamente. Ella tiene que morir y alguien disfrutará entonces de una enorme fortuna.

—Phil, eso no se consigue si no es por medio de una herencia —dijo el periodista.

—¿Y quién te crees que sería el heredero si ella muriese?

Hubo un instante de silencio. Luego, Flatter murmuró:

—¿Será posible?

—Lo es, Stumpy.

—Pero... ¡si él ofreció una recompensa de veinticuatro mil dólares al que encontrase al autor de la matanza!

—Stumpy, los soldados, en la selva, usan uniforme con manchas para confundirse con la vegetación, ¿no es cierto?

—Sí, pero, no entiendo.

—La recompensa ofrecida era el uniforme con manchas de una supuesta honradez.

—Ahora ya lo veo más claro. ¿Crees que fue él?

—Clarabel así lo asegura. Y puesto que hay tanto dinero en danza no se puede dudar de su palabra.

Flatter se acarició el mentón.

—Recuerdo muy bien la ceremonia fúnebre. Asistí al entierro y Hammill parecía en ocasiones a punto de derrumbarse, materialmente deshecho por lo sucedido.

—Más manchas para su uniforme de honradez —sonrió el joven.

—Y tú quieres ahora...

—Casi más que demostrar su culpabilidad, quiero acabar con la persecución de que es objeto desde que se produjo la matanza.

—Eso me da pie a suponer que sabes dónde está ella.

—Lo sé, Stumpy.

—Y no me lo vas a decir.

—Cuando todo haya terminado, te ofrezco la información en exclusiva. Puede que te ganes un Pulitzer.

—No me vendría mal, en efecto. ¿Piensas ir a ver al dinamitero?

—Si me dices dónde vive...

—Yo no lo sé, pero puede que consigas algo en la Agencia Troyd.

—¿Agencia Troyd?

—Es una especie de asesoría financiera, pero también se

encargan de otras cosas. La dirige Paul Troyd, secundado por Norma Spence. El primero es uña y carne con Hammill.

—¿Y ella?

—La directora de finanzas. Troyd se encarga de las investigaciones.

—Yo diría que, de cuando en cuando, Hammill encarga a Troyd que busque a alguien que quite de en medio a una persona que le molesta.

—Dalo por seguro, Phil. Pero no se puede probar, naturalmente.

Fann se apeó del taburete.

—Algún día lo probaré todo —dijo.

—Ah, una pregunta, Phil —exclamó Flatter de pronto.

—Dime, Stumpy.

—¿Cómo sigue tu hermana Sally?

Fann arqueó las cejas. El periodista se echó a reír.

—Tengo que invitarla a cenar uno de estos días —añadió.

—Ya sabes dónde vive. Díselo a ella, Stumpy; no me gusta hacer de Cupido.

—Suerte, Phil —deseó Flatter finalmente.

Fann salió a la calle. Era tarde ya y decidió visitar la Agencia Troyd, al día siguiente. Clarabel estaba en lugar seguro y lo otro, aunque necesario, no corría tanta prisa.

De pronto se dio cuenta de que le seguían.

CAPÍTULO IV

El local donde había estado hablando con su amigo el periodista se hallaba cerca de su casa, por lo que había dejado su coche en el *parking*, recorriendo aquel breve trecho a pie, no más de quinientos o seiscientos metros. A la vuelta, naturalmente, iba también caminando sin prisas, mientras reflexionaba sobre los nuevos datos que acababa de adquirir.

Una cosa le tenía perplejo. Clarabel no la había mencionado en sus conversaciones respecto del horrible suceso que había costado la vida a toda su familia. Ella estaba ausente en aquellos momentos, pero no había declarado en absoluto el lugar en que se encontraba al producirse la tragedia ni mucho menos había dado a entender que estaba en compañía de un hombre y en el apartamento de éste, a una hora que daba pie para pensar muchas cosas.

—Y ninguna buena —rezongó, en el preciso instante de que tenía una «sombra».

El hecho le puso de mal humor. Se preguntó quién podría tener interés en vigilar sus pasos, aunque pronto creyó haber hallado la respuesta.

Quizá Hammill esperaba desquitarse de la humillación sufrida semanas antes. O tal vez el matón que había escapado cuando sorprendió en las montañas le había reconocido y por ello habían llegado a la conclusión de que sabía dónde estaba Clarabel.

Una cosa sí parecía segura: la vida de Clarabel corría un muy serio peligro. Había una inmensa fortuna en juego y Hammill quería convertirse en el único heredero de su hermanastro, el abuelo de la muchacha.

Simuló no haberse dado cuenta de la persecución de que era objeto, pero, a fin de evitar deslices, caminó un trecho más largo del normal. Dobló una esquina, dio una vuelta a la manzana y, al volver a la misma calle, comprobó que el sujeto seguía fielmente sus

pasos.

—Bueno, ha llegado la hora de la lección —murmuró.

Giró en la próxima esquina y, apenas lo había hecho, se lanzó hacia adelante a la carrera. Conocía bien el barrio y en menos de cinco segundos alcanzó un angosto y oscuro callejón, en el que se metió sin vacilar.

Instantes después oyó pasos precipitados. No tardó mucho en ver la silueta de un hombre que se había detenido frente a callejón, lleno de perplejidad por la súbita desaparición del hombre al que seguía.

Dos manos surgieron repentinamente de la oscuridad y asieron el cuello del sujeto, cuyos pies se despegaron del suelo instantáneamente. Antes de que el sorprendido individuo pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se vio arrojado contra un muro con indescriptible violencia.

El hombre quedó momentáneamente aturdido. Fann le golpeó el estómago con la izquierda y luego le asestó un tremendo derechazo en la mandíbula. Se oyó un gruñido y luego el sujeto se desplomó al suelo sin sentido.

Fann le registró rápidamente, encontrándole una billetera bastante abultada. Tenía las pupilas habituadas a la oscuridad y pronto pudo comprobar que había unos seiscientos dólares en billetes, de los que se apoderó sin ningún escrúpulo.

Guardó la billetera en el bolsillo posterior del pantalón. El individuo llevaba también una pistola, que guardó, para arrojarla más tarde a una alcantarilla. Había varios cubos de basura y sonrió, porque se le había ocurrido una idea.

El hombre empezaba a rebullir. Fann lo agarró por la cintura primero y luego, haciéndolo voltear, lo metió de cabeza en un cubo que apenas tenía algo de basura.

A continuación se alejó de aquel lugar. En su apartamento examinó la billetera del sujeto, quien, según sus documentos, se llamaba Slim Wander.

También encontró una tarjeta, con un membrete muy significativo:

TROYD & SPENCE
Agencia de Información

Fann sonrió ligeramente.

—Mañana nos veremos, señor Troyd, señora Spence —dijo entre dientes.

La joven que había en el antedespacho era pelirroja, de ojos maliciosos, senos protuberantes y amplias caderas. Al ver a Fann hizo el gesto de silbar de admiración, aunque no salió ningún sonido de sus labios acanutados.

—Estas cosas no se ven aquí a diario —comentó alegremente—. ¿En qué puedo servirle, señor?

—Si se lo dijera se pondría colorada, muñeca —contestó Fann.

—Inténtelo, señor.

Fann meneó la cabeza.

—Dejémoslo, encanto. ¿Puedo ver a Paul Troyd?

—El señor Troyd está ausente. Si quiere hablar con la señora Spence...

—Oh, encantado, señorita...

—Wilma Sharf, señor...

—Fann, Phil Fann.

Wilma puso la mano sobre la tecla del interfono.

—He oído su nombre, señor Fann.

—No soy ningún «astro» de cine.

—Sí, lo sé —Wilma dio el contacto—. Señora Spence, el señor Fann desea hablar con usted.

Al otro lado se oyó un ligero resoplido de sorpresa. Luego:

—Está bien, Wilma, hágalo pasar.

—Sí, señora.

Wilma señaló con el pulgar hacia la puerta del fondo en donde se veía un rótulo sobre el cristal esmerilado: N. SPENCE. DIRECTOR FINANCIERO. Fann asintió y cruzó el antedespacho.

Norma Spence le recibió en pie, detrás de una mesa, en la que apoyaba con cierta negligencia las yemas de sus dedos. Era una mujer alta, ya entrada en carnes, de unos cuarenta y tantos años, pero todavía atractiva. El pelo era de color dorado, liso, tirante hacia atrás y recogido en un gran moño. «Seguramente un postizo», pensó el joven.

—Señor Fann, tenga la bondad de sentarse —indicó ella.

—Gracias, señora Spence. Mi visita va a ser muy breve —manifestó el joven—. Sólo deseo hacerle una pregunta, y apenas

tenga la respuesta dejaré de importunarla con mi presencia.

Norma sonrió cortésmente.

—Estamos aquí para atender a los clientes, señor Fann —declaró—. Dígame, ¿en qué puedo servirle?

—¿Dónde vive Norrie Segan?

Hubo un instante de silencio. Ella seguía sonriendo, pero en sus ojos había dureza.

—Lo siento —dijo al cabo—. No tenemos por costumbre informar del domicilio de nuestros empleados.

—Ah, el señor Segan es empleado de la agencia.

—A veces le encomendamos determinadas gestiones, pero, compéndalo, el secreto profesional nos veda...

—No siga, conozco la canción.

—Lo siento. Todo lo que se dice o se hace aquí es absolutamente confidencial. Su visita también, por supuesto, señor Fann.

El joven hizo un gesto de fingida resignación.

—Bien, no puedo pedir nada más —se puso en pie—. Muchas gracias, señora Spence.

—He tenido mucho gusto, señor Fann. Si puedo serle útil en otra cosa...

Fann la miró críticamente de pies a cabeza. Era una mirada profunda, penetrante, de un sentido inequívoco. Norma enrojeció levemente.

—Gracias, pero no me atrevo a pedírselo. Diría usted que soy un... desvergonzado.

—No se preocupe, estoy acostumbrada. Por cierto, ¿para qué quería usted ver al señor Segan?

—Ah, también es confidencial, señora Spence.

Fann se dirigió hacia la puerta. Todavía no quería descubrir todas sus cartas, aunque harto se imaginaba que Norma le conocía y sabía quién era, y se imaginaba los motivos por los cuales buscaba al dinamitero. Cuando pasaba delante de la mesa ocupada por Wilma, ella le enseñó una cuartilla, sostenida con ambas manos, en la que había un mensaje escrito:

ANOTE SU TELÉFONO. LE LLAMARÉ A LA TARDE.
HABLAREMOS DE NORRIE SEGAN.

Ella le ofreció un lápiz a continuación. Fann hizo lo que le pedían y Wilma guardó el papel inmediatamente en su escote.

El joven hizo un guiño. Wilma contestó con otro análogo. Fann pensó que el dinero arrebatado a Wander la víspera iba a servirle para hacer un buen regalo a la secretaria.

Desde el asiento de su coche, Fann contempló las ruinas de la que había sido la mansión de los Van Thandt.

Algunas paredes se mantenían todavía en pie, pero la casa era un puro montón de escombros y permanecía así desde que cuatro cadáveres fueron extraídos de las ruinas. Clarabel no parecía haber tenido interés en reconstruir una casa de la que tan amargos recuerdos debía de guardar.

Al cabo de unos momentos reanudó la marcha. Un poco más adelante se dio cuenta de que le seguían en coche.

Maldijo entre dientes. ¿Es que no iban a dejarle a sol ni a sombra?

No tenía ningún interés en que supieran adónde se dirigía. Condujo tranquilamente, hasta que divisó una cabina telefónica, en cuyas inmediaciones detuvo el coche. Antes de salir sacó algo de la guantera y se lo echó al bolsillo.

El otro vehículo se detuvo a muy poca distancia. Fann observó que estaba ocupado por dos individuos.

Uno de ellos le pareció conocido. ¿Era el que había escapado en las montañas?

Entró en la cabina telefónica, simuló hacer una llamada y, pasado un minuto, volvió a salir. Para regresar a su coche tenía que pasar por la zaga, a fin de entrar en el puesto del conductor que daba a la calzada.

Disimuladamente, dejó caer al suelo un clavo de cuatro puntas.

—A ver si hay suerte —murmuró.

Lentamente reanudó la marcha. El otro automóvil se puso en movimiento instantes después. Veinte metros más adelante la rueda delantera derecha se deshinchó bruscamente.

Fann lo divisó a través del retrovisor y sonrió alegremente. El conductor del otro coche lo había detenido, imposibilitado de seguir la marcha. Contuvo los deseos que sentía de hacer un gesto burlón. No debía dar a entender que era el autor de la jugarreta.

Veinte minutos más tarde llamaba a la puerta de un

apartamento, situado en un lujoso edificio. Había un pequeño rótulo de metal dorado, en el que se leía un nombre: DENNIS CHILTON.

Llamó a la puerta. Segundos después alguien la abrió y le miró con aire displicente.

—Si viene a vender algo, pierde el tiempo, amigo. Y si quiere captar adeptos para su religión vaya a predicar a las granjas —dijo el sujeto.

—Usted es Chilton —sonrió Fann.

—Ése es mi nombre y no deseo comprar nada.

—No vendo nada. Sólo he venido a conversar con usted unos minutos.

—No le conozco, señor mío.

—Me llamo Fann. El tema de nuestra conversación será Clarabel van Thandt.

Chilton se puso rígido en el acto. Era un hombre que aparentaba poco más de treinta y cinco años, pero que seguramente andaba rondando ya los cuarenta. Vestía un elegante batín de seda morada, con pañuelo de seda blanca al cuello. El pelo, negro, aparecía cuidadosamente peinado con raya a un lado. No había canas en las sienes, aunque Fann advirtió unos puntitos blancos que indicaban se teñía aquella zona de sus cabellos a fin de parecer más joven. «No le ha llegado aún la época de mostrar el encanto de unas sienes plateadas», pensó.

—Entre —invitó Chilton—. ¿Desea tomar algo, señor Fann?

—No, gracias, no bebo.

El apartamento estaba decorado con gran lujo, aunque al joven le pareció un tanto chabacano. Pero según qué mujeres podían quedar muy impresionadas por el ambiente de lo que parecía un piso de soltero muy seductor.

—Voy a ser muy breve, señor Chilton —dijo el joven—. Sólo quiero conocer algunos detalles de la entrevista que sostuvo usted con Clarabel, la noche en que su familia fue asesinada en masa.

Chilton sacó el pecho.

—No acostumbro facilitar ciertos datos al primero que me lo pregunta —respondió envaradamente—. Mis relaciones con esa dama no le interesan a usted en absoluto.

—Ella estuvo aquí desde la una de la madrugada a las cinco, o

poco más.

—No responderé...

—Tuvo que contestar a las preguntas de la policía cuando ella citó su nombre, señor Chilton.

—Bien, si lo toma por ese lado... Claro que estuvo, pero... son cosas que pasan entre enamorados...

—¿Siguen enamorados?

—Ella rompió las relaciones.

—¿Por qué?

—Sus padres no me querían como yerno. Clarabel considera que el haber accedido a mi invitación le permitió salvar la vida. Cuando hablé con ella manifestó que desearía haber muerto con el resto de la familia. Yo pensaba de modo distinto, naturalmente, pero no logré hacerle desistir de su actitud.

—Y dejaron de verse.

—A partir de aquel momento no nos hemos visto más, ni siquiera hemos cruzado una palabra.

—Señor Chilton, ¿de qué vive usted?

El semblante del sujeto enrojeció bruscamente.

—¡No le tolero...!

Sonriendo, Fann se acercó a una consola en la que había un lujoso bolso de mujer. Antes de que el otro pudiera impedirlo abrió el bolso y echó un rápido vistazo a su interior.

Había un rollo de billetes de banco, sujetos con una gomita. Debía de haber un par de miles de dólares o quizá más, calculó.

Chilton le arrebató el bolso de un manotazo.

—¡Deje eso! —exclamó, pero sin levantar apenas la voz—. Lo que hay en ese bolso no le interesa en absoluto.

Fann volvió el rostro hacia la puerta, que seguramente daba al dormitorio del individuo. Seguramente había una mujer en una cama, agarrada con ambas manos al embozo de las sábanas, temblando de pánico ante la idea de ser sorprendida en un lecho que no le pertenecía.

—Vive a costa de las mujeres, ¿verdad?

Chilton intentó darle un puñetazo. Fann agarró el puño con las dos manos y oprimió con fuerza. El rostro del sujeto expresó dolor.

—Suélteme...

—No intente golpearme; podría estropearle ese rostro tan

atractivo para las mujeres. Señor Chilton, gracias por sus informes.

Fann se dirigió hacia la puerta. Diez minutos más tarde vio salir a una mujer, que parecía huir de aquella casa como si la persiguiese el mismísimo demonio.

Estaba a medio arreglar y era evidente que la visita inesperada del joven la había llenado de temor.

—Pobre marido —suspiró Fann.

Dio el contacto y regresó a su apartamento.

CAPÍTULO V

El teléfono sonó a las seis de la tarde. Fann levantó el auricular en el acto.

—Soy Wilma —dijo una voz de mujer.

—Hola, encanto —respondió Fann—. La escucho...

—Escúcheme mejor en mi casa. Vivo en White Beach Boulevard, ochocientos noventa y cinco, apartamento 9 F. Tengo noticias para usted, muy interesantes.

—Wilma, la noticia que me interesa la sabe usted perfectamente. Ha escuchado a través del interfono y sabe que quiero encontrar a Norrie Segan. Dígamelo y se lo recompensaré principescamente.

—¿No me engañará? —dudó ella.

—Siempre cumplo mis promesas —dijo Fann, pensando en el dinero que había arrebatado la víspera a Wander.

—Está bien. Parkton, dos mil cincuenta y dos. Es una casita baja, de una sola planta, de apariencia más bien modesta... ¿Cuándo vendrá a verme?

—Me gustaría ir esta noche, Wilma.

—Le esperaré —prometió ella.

Fann colgó el teléfono. Sí, iría a ver a Wilma, porque además podría obtener muchos más detalles acerca de una agencia que realizaba operaciones nada honestas.

Treinta minutos después se detenía en las inmediaciones de la casa del dinamitero. Después de apearse del coche, atravesó la acera, abrió la puertecita de la valla que rodeaba el jardín y avanzó por el sendero central hacia la puerta.

Cuando iba a llamar la puerta se abrió sola.

Fann parpadeó. ¿Alguien quería gastarle una broma?

Dudó un momento. De pronto, sonó una risita burlona que brotaba de un altavoz invisible:

—Pase, pase, señor Fann; estaba aguardándole.

—¿Habla en serio, dinamitero?

—Totalmente en serio, pero ¿no quiere entrar?

—Me gustaría verle la cara, Norrie.

—No puede. En cambio yo sí le estoy viendo a usted.

Fann examinó la decoración interior desde el umbral. Al fondo divisó un gran jarrón, con muchas flores. Dentro, especuló, había una cámara de televisión.

¿Dónde estaba el observador?

El piso estaba a un metro del suelo del jardín. Debajo de la casa debía de haber un sótano.

Segan estaba allí. En el sótano, sin duda, preparaba sus artefactos destructores. Desde allá abajo, sin duda, manejaba los controles de la puerta y de algunos otros aparatos más cuya utilidad desconocía, pero que le produjeron de repente una gran aprensión.

—El valiente cazador tiene miedo de la presa —dijo Segan de pronto.

—El cazador es siempre prudente cuando se trata de capturar una presa peligrosa —contestó el joven.

—Me tiene miedo.

—Temo al hombre que mató a cuatro personas inocentes. ¿Cuánto le pagaron, Norrie?

—Se ha enterado muy pronto de que lo hice yo.

—Entonces, lo admite.

—Me pagaron bien. Es mi oficio, ¿sabe?

—¿No le remuerde la conciencia, Norrie?

—Mi conciencia se anestesia apenas ve los billetes de banco, cazador.

De repente Fann divisó algo que atrajo su atención.

El centro de la sala aparecía con la tablazón al aire. Las cuatro líneas que formaban los contornos de una trampilla eran apenas visibles, pero indicaban el lugar por donde Segan descendía al sótano.

Meditó un instante. Segundos después, vio un pesado butacón de cuero, con orejeras. Estaba a dos pasos de la puerta, a su derecha y, cruzando el umbral, lo agarró con ambas manos, levantándolo en el aire.

Era un mueble muy pesado. Segan lanzó un grito de alarma:

—¡Eh! ¡Qué diablos hace, cazador!

El butacón voló por los aires y fue a caer sobre la trampilla, que cedió con gran estrépito de maderas rotas. Al ceder la trampilla el butacón cayó al sótano, rodando estruendosamente por la escalera que había bajo el pavimento.

El hueco había quedado al descubierto. Súbitamente, se oyó un agudísimo chillido.

Una espantosa explosión sacudió la casa hasta los cimientos. A través del hueco brotó un chorro de fuego, cuyo calor dio de lleno en el rostro de Fann.

Un par de cuadros se desprendieron de las paredes, mientras los cristales de las ventanas volaban en pedazos. Fann se encontró sentado en el suelo, sin saber cómo había sucedido.

El instinto le hizo escapar a gatas, temiendo una catástrofe mucho mayor. Abajo, en el sótano, ardía algo con furiosas llamaradas.

Había recorrido apenas una veintena de pasos cuando se produjeron una serie de violentas explosiones, que hicieron saltar el suelo de la casa por los aires. Una pared se derrumbó con tremendo estrépito y el tejado, en aquella parte, se abatió fragorosamente. Fann consiguió llegar a la acera y se volvió para contemplar estupefacto los efectos del lanzamiento del butacón.

Era increíble, se dijo. Pero aunque lamentaba no haber podido hablar con Segan, se sentía satisfecho en cierto modo, porque aquellas explosiones habían acabado con la vida de un asesino sin conciencia.

—Tenía almacenadas una gran cantidad de explosivos, además de gasolina y otras sustancias combustibles —dijo Fann aquella misma noche, después de cenar en casa de su hermana—. Segan no sólo utilizaba la dinamita, sino que se dedicaba a pegar fuego a las empresas con dificultades financieras.

—Para que el dueño pudiera cobrar el seguro —dijo Sally.

—Exactamente. En fin, un elemento muy peligroso ha sido puesto fuera de circulación y... —Fann miró directamente a Clarabel—, en cierto modo, la muerte de su familia ha sido vengada.

—Pero el riesgo subsiste —insistió Sally, antes de que la muchacha pudiera pronunciar una palabra.

—Lo eliminaremos —aseguró el joven—. Querida hermana, ¿por

qué no te vas a la cocina a fregar y nos dejas a Clarabel y a mi solos unos momentos?

Sally se puso en pie.

—Desde luego —accedió, comprensiva.

Fann estaba sentado frente a la muchacha y la contempló con ojos penetrantes.

—He estado hablando con Chilton —dijo sin más preámbulos.

Clarabel palideció.

—Conocía el nombre...

—No resultó difícil averiguarlo —sonrió él.

—Bien, ya sabe que estuve en su apartamento aquella noche, desde la una hasta cerca de las seis. La explosión se produjo cerca de las dos de la madrugada. Eso fue lo que me salvó.

—Indudablemente. Clarabel, usted me dijo que sus padres no querían que continuase las relaciones con Chilton.

—Así es, Phil.

—¿Conocía usted los motivos de dicha oposición?

Ella bajó la vista.

—Sí —murmuró.

—Entonces, ¿sabía que Chilton es un desaprensivo, un tipo que vive a costa de las mujeres?

—Mi padre lo decía, pero yo no lo creí.

—¿Estaba enamorada de él?

—Sí.

—¿Y ahora?

Clarabel hizo un gesto negativo.

—No, ya no le tengo ningún afecto.

—¿Por qué?

—Yo debí haber muerto con mi familia...

—Pero Chilton la pidió que fuese a su apartamento aquella noche.

—Debo admitirlo...

—¿Había ido antes alguna otra vez?

—Un par de veces, pero no pasó nada.

—No le preguntaré qué hizo aquella noche. Eso es algo muy íntimo suyo y yo no quiero ser indiscreto. Pero ¿qué motivos alegó Chilton para citarla a una hora tan intempestiva? Porque usted podía entrar y salir libremente de su casa; su padre no la tenía

atada por un tobillo a la pared. Podía haber ido al día siguiente o en cualquier otro momento, menos a la una de la madrugada. ¿Cuál fue el pretexto tan urgente que utilizó para conseguir que acudiera a su apartamento?

—No dijo nada por teléfono, salvo que se encontraba en un grave apuro y que quería verme imprescindiblemente aquella misma noche. Insistió tanto que al fin accedí...

—¿Qué dijo cuando usted estuvo en su casa?

Clarabel se puso colorada.

—Me pidió dinero. Había solicitado un préstamo a un tipo con muy mal genio y temía que le pasara algo si no le pagaba antes de veinticuatro horas.

—¿Mucho dinero?

—Cinco mil. Yo le firmé un cheque; era todo lo que podía hacer.

—¿Y después?

—Me propuso fugarnos y viajar a Las Vegas, donde nos casaríamos.

—¿Aceptó la proposición?

—No, no acababa de verlo claro.

—A pesar de que le quería.

—Sí, pero cierto sentimiento de duda me hizo rechazar la propuesta. Sin embargo le prometí plantear el problema a mis padres y solucionar nuestra situación antes de una semana.

—Es decir, pensaba casarse pasado ese plazo.

—Creo que... lo hubiera hecho, pero después...

Fann se dio cuenta de que Clarabel estaba sometida a una intensa presión y decidió suspender el diálogo.

—No hable más, ya tengo bastante —sonrió—. Gracias por todo, Clarabel. ¡Sally, ya puedes venir cuando gustes!

Sally apareció instantes después, secándose las manos con el delantal.

—¿Te marchas, hermanito? Si quieres, hay una habitación disponible...

—Gracias, pero prefiero dormir en mi casa —Fann señaló a la muchacha con el mentón—. Cuídala —recomendó.

—Vete tranquilo —respondió Sally.

—Adiós, Clarabel —dijo Fann.

—Adiós, Phil —respondió la muchacha, haciendo esfuerzos por

sonreír.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero aparecía muy hermosa. Fann le dirigió una sonrisa de simpatía, besó a su hermana en una mejilla y salió de la casa.

CAPÍTULO VI

Llevaba puesto un espectacular salto de cama de color negro, que permitía entrever la ropa interior, de color rojo vino con encajes negros. Levantó un brazo, lo apoyó en la jamba de la puerta y adelantó la pierna izquierda, deslumbradoramente blanca la piel que dejaba la media negra al descubierto.

—Has tardado, pero estás aquí y eso es lo que importa —dijo Wilma.

Fann entró, cerró la puerta y luego introdujo algo en el profundo escote de la joven.

—No te enojés ni pienses que te considero una profesional —dijo—. Pero así podrás comprarte tú misma el regalo que te apetezca. Todavía no conozco tus gustos...

—Creo que pronto los conocerás —respondió ella, a la vez que se colgaba de su brazo—. Para empezar, me gustan los hombres terriblemente. Sobre todo si son de tu calibre.

—No me consideres como una pistola, Wilma.

—Como un cañón —rió la joven—. ¿Qué quieres tomar?

Fann se acercó a la consola de los licores.

—Siéntate, yo prepararé las bebidas.

—Como quieras.

Wilma se sentó y cruzó las piernas. Había sobre la consola un espejo y Fann vio que ella sacaba los billetes del escote y los contaba rápidamente guardándolos a continuación debajo de uno de los cojines. Ocultando una sonrisa, continuó con su labor de mezclar las bebidas.

Al cabo de unos momentos fue al diván, con dos vasos en la mano.

—Antes de probarlo inspira con fuerza —aconsejó.

—¿Es dinamita líquida?

Fann recordó a Segan.

—Algo más suave —contestó.

—He oído la noticia —dijo Wilma—. Segán ha muerto destrozado por una explosión.

—Los explosivos son siempre peligrosos. Tienen muy malas bromas, encanto.

—Sí, ya lo he visto. ¿Pudiste hablar con él?

—Lo suficiente.

Wilma tomó un sorbo. Perdió el aliento unos instantes y luego, con lágrimas en los ojos, preguntó:

—Phil, ¿qué has puesto aquí? ¡Esto es más que dinamita!

Fann se echó a reír.

—Es sólo la primera impresión, muñeca.

—Sí, claro, después de veinte copas uno tiene el estómago encallecido o en carne viva.

—Si no quieres beber más déjalo a un lado. Ahora hablemos de otra cosa.

—Ah, has venido solo a hablar...

—Habrá tiempo para todo. Dime, ¿qué sabes de Dennis Chilton?

Los ojos de Wilma emitieron un vivo chispazo de cólera.

—Un perfecto sinvergüenza —calificó en el acto.

—Tienes motivos para decir una cosa semejante, supongo.

—Ciertamente. Es un hombre muy atractivo y he de confesar que me sedujo en cierta ocasión. Pero luego se me cayó el alma a los pies...

—¿Por qué?

—¡El muy hijo de perra! Dijo que tenía que pagarle doscientos dólares por sus servicios masculinos y que me hacía un precio barato, porque sabía que soy una empleada que vive de su sueldo. ¿Qué te parece, eh?

—¿Qué le dijiste tú?

—Le tiré una patada que... Bueno, si no anda listo lo dejo en condiciones de no prestar más servicios masculinos a ninguna otra mujer. ¡Pedirme dinero... el muy «prostituto»!

—Así que Chilton es...

—Lo que te puedes imaginar, Phil.

—Sí, se lo imagina uno fácilmente. Pero ¿cómo llegaste a conocerle? —preguntó el joven.

—Oh, iba a veces por la agencia. A mí me gustó en un principio

y por eso traté de conquistarlo... Guapo, atractivo, verdaderamente seductor... pero eso es lo que salta a la vista. Lo que hay debajo de su brillante costra es pura...

Fann levantó una mano.

—No pronuncies esa palabra maloliente —rió—. De modo que frecuenta la agencia.

—Sí, aunque nunca he conseguido saber qué relaciones existen entre Chilton y los jefes.

—Troyd y la señora Spence.

—Efectivamente. Lo mismo habla con uno que con la otra; con el primero que encuentra. Por eso le conocí y luego fui a su apartamento cuando él me invitó.

—Comprendo. Wilma, voy a hacerte una proposición —dijo el joven.

—Habla, soy toda oídos.

—Vamos a despreocuparnos de Chilton. Creo que es mejor que nos concentremos en nosotros mismos. ¿Qué te parece la idea?

—¡Magnífica, inmejorable!

Wilma se puso en pie súbitamente y tiró del joven hacia el dormitorio con una mano, mientras que con la otra se arrancaba el peinador a puñados. Fann se quedó sorprendido de aquellas urgencias.

—Pero, Wilma, eres... demasiado... vehemente...

Ella se volvió y le dirigió una mirada incendiaria.

—Estás aquí para lo que estás —contestó—. ¿A qué perder el tiempo tontamente?

Fann sonrió y se dejó llevar.

Había ido al bar de costumbre para hablar con el periodista, pero Flatter no había aparecido todavía. Decidió aguardarle un poco y pidió un *whisky*.

De pronto oyó una voz a su lado:

—Usted es Phil Fann, el cazador.

El joven se volvió. A su izquierda había un sujeto alto, delgado pero robusto, de cara cuadrada, con rasgos que parecían tallados en piedra oscura. Las facciones le parecieron conocidas, pero no lograba recordar dónde había visto antes al sujeto.

—A veces así me llaman, en efecto —respondió—. ¿Y usted es...?

Había un plato con almendras en el mostrador y el hombre se echó un par de ellas a la boca.

—Boris Kitov —contestó.

—De origen ruso...

—Mi bisabuelo lo era. Ucraniano, para más detalles.

—Los descendientes siguieron en el país, tras la emigración del antepasado.

—El apellido se ha perpetuado. Por fortuna.

—Lo celebro. ¿Algo más, amigo Kitov?

—Me han encargado le dé un mensaje. No le diré quién, porque usted lo adivinará enseguida.

—Muy bien; hable, Boris.

—«Él» dice que lo pasado, pasado, pelillos a la mar y todas esas cosas. En resumidas cuentas, ha olvidado.

—¡Qué generoso! —se burló el joven.

—Ha olvidado, en efecto, siempre que usted corresponda.

—¿Cómo debo hacerlo, Boris?

—Dejando de hacer, precisamente. Me entiende, ¿verdad?

—Se expresa usted con una claridad meridiana. Boris, ¿cuál es su papel en este asunto?

—Por el momento, un simple mensajero.

—¿Y si yo no quiero corresponder a la amnesia... de «él»?

—Tendría que darle los consejos de otra forma.

—Dígame cómo, Boris.

—Más vale que olvide. No quiero decirle lo que haría si se niega a corresponder al generoso gesto de... «él».

—Boris, ¿me permite que le diga una cosa?

—Claro, con mucho gusto, cazador.

—Antes mencionó usted al bisabuelo y dijo que el apellido se había perpetuado.

—Cierto —admitió Kitov.

—Bien, yo pienso que el apellido se ha degenerado por completo. Para ser sinceros, está por los suelos.

En los muy claros ojos de Kitov apareció un relámpago de ira. Tomó dos almendras más y se las echó a la boca sucesivamente.

—No olvide mis consejos —se apeó del taburete.

—Seguiré adelante, Boris.

—A su riesgo. Adiós, cazador... perdón, futura presa.

—¿De usted?

Kitov emitió una risa baja y siniestra. Hizo un vago ademán, como si quisiera acariciarse el costado izquierdo, pero en realidad dando a entender que llevaba un arma oculta bajo la chaqueta. Luego se encaminó hacia la puerta del bar.

Fann reflexionó unos momentos. De pronto reaccionó y se bajó del taburete, encaminándose hacia los lavabos.

Conocía bien el local y su disposición interior, así como los detalles de la topografía exterior. A través de una ventana de los lavabos saltó a un patio, del que salió corriendo en busca de un sitio donde suponía iba a tener lugar el encuentro.

Instantes después se hallaba en un oscuro callejón, en el que había cajones vacíos y cubos de basura. Pisando de puntillas se acercó a la salida, procurando situarse en el lugar menos iluminado.

No tardó mucho en oír pasos que se acercaban. Con los músculos en tensión aguardó la llegada del pistolero. Kitov pasó por delante de él, unos segundos más tarde, sin sospechar siquiera que lo tenía a tan corta distancia.

Las manos de Fann se alargaron, asieron el cuello de Kitov con tremenda potencia y tiraron de él hacia la oscuridad de la calleja. Kitov, sorprendido, no tuvo tiempo de hacer el menor gesto de resistencia.

Tirando de él como si fuese un fardo, Fann lo arrastró hacia el punto más alejado de la calle principal. Sin darle tiempo a recuperarse, lo envió con un potente empujón contra la pared más próxima.

El pistolero chocó violentamente, rebotó y volvió a los brazos de Fann, quien repitió la operación, para continuar luego con unos cuantos puñetazos asestados con indescriptible violencia en el pecho y estómago.

Kitov resopló ruidosamente. Tenía los ojos vidriados y no era capaz de realizar el menor movimiento defensivo. Fann concluyó su tarea con un demoledor derechazo al plexo solar, que dejó al pistolero sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y sin respiración.

Fann se inclinó sobre él y le quitó el revólver. Encontró también una navaja automática y la tiró a lo lejos. Luego esperó unos momentos.

Casi transcurrieron diez minutos antes de que el pistolero diese señales de vida. Entonces Fann lo agarró por los cabellos con la mano izquierda y tiró de él hacia arriba.

Kitov emitió un gruñido de dolor. Fann hizo presión con la misma mano y pegó la nuca del matón contra la pared. Luego le puso el cañón de su propio revólver bajo la garganta.

—Boris, ahora mismo me va a decir usted una cosa o le juro que aprieto el gatillo y le envío al otro mundo —dijo el joven a media voz, con acento concentrado de ira—. Si cree que fanfarroneo, cierre el pico y verá cómo lo pasa dentro de cinco segundos.

En los ojos del sujeto apareció una agónica expresión de miedo. Había sido sorprendido de una manera total y ello le había hecho perder la iniciativa. Aunque el lugar estaba a oscuras entraba algo de luz de la calle y, teniendo las pupilas habituadas a aquella escasa iluminación, podía ver la expresión del joven, que no era precisamente tranquilizadora.

Un ronco gorgoteo brotó de sus labios. Fann entendió que el pistolero se disponía a hablar.

—¿Quién le ordenó que me amenazase?

—Troyd.

—Me lo suponía. ¿Por orden de Hammill?

—Creo... que sí... No estoy seguro.

—A mí no me extrañaría nada que lo hubiese ordenado Hammill. Bien, con esto tengo más que suficiente.

De pronto se echó a reír.

—Conque me consideraba ya como su presa —dijo.

Súbitamente movió la mano derecha y la estrelló contra la boca de Kitov, junto con el revólver. Kitov lanzó un rugido inhumano, puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo.

Fann se inclinó hacia él. A aquellos tipos les pagaban bien. Al registrarle le encontró casi mil dólares.

—Alguien los disfrutará —murmuró, cuando ya se alejaba hacia la salida del callejón.

Cien pasos más adelante vio a una estrepitosa rubia, apoyada en un farol, con el bolso en una mano y un cigarrillo colgando de unos labios espesamente pintados. Fann se detuvo frente a ella.

La rubia le guiñó un ojo. Fann sonrió.

—No trabajes esta noche —dijo, a la vez que ponía en sus manos

el rollo de billetes que le había quitado al pistolero.

El cigarrillo se desprendió de los labios de la asombrada rubia. Antes de que pudiera decir algo Fann se alejaba ya a grandes zancadas.

De pronto echó a correr tras él y lo alcanzó unos metros más adelante.

—Espera, buen mozo —dijo—. Esto que has hecho no me gusta nada.

—¿Por qué? —preguntó Fann, sin dejar de caminar.

—No me gusta ganar dinero sin trabajar...

—Bah, no tiene importancia. No me costó nada conseguirlo.

—¿Le has vaciado los bolsillos a alguien?

—¿Qué te importa a ti eso?

—Bueno, es que... repito que no me gusta.

En aquellos momentos pasaban por debajo de un farol. La rubia le miró y soltó una exclamación:

—¡Cielos, tú eres Phil Fann, el cazador!

—¿Me conoces?

—He visto tu fotografía más de una vez. También te vi en una ocasión, cuando le echaste el guante a Johnny Hosmond, el tipo que tenía la costumbre de rebanar los pescuezos de las chicas que se iban con él a la cama.

—Era un psicópata.

—Un mal bicho. Mató a un policía que iba a arrestarlo. Te hubiera matado a ti, si no hubieras andado listo.

—Tuve suerte —sonrió Fann.

—Le disparaste un tiro a una pata para evitar que disparase contra ti. Pero ya no eres policía, ¿verdad?

—Lo he dejado. No es una profesión rentable.

—Tienes razón. Te matas por defender la ley y el orden y, en cuanto te sales un centímetro de las normas, te ponen en un compromiso. Bien, siendo así me quedaré con el dinero, aunque me gustaría agradecértelo de alguna manera, cazador.

Fann se detuvo, porque estaba llegando a las inmediaciones de su casa, y dirigió una cálida sonrisa a la mujer.

—Me gustaría, pero estoy cansado —respondió—. ¿Cómo te llamas?

—Kay Nanson. Kay, la Doctora.

—¿Eres médica?

Ella soltó una risita.

—El título de doctor se da a quien sabe mucho de algo — contestó maliciosamente.

—Tu sabiduría, en ese aspecto, debe de ser inmensa, Kay —rió el joven.

—La vida enseña mucho. Y a propósito, ¿a quién le has birlado la pasta?

—Se llama Kitov. Quiso darme un susto, pero fue él quien lo recibió.

—¡Kitov! —Se espantó la rubia—. Es un verdadero diablo...

—¿Lo conoces?

—Por desgracia. Una vez me lo llevé a mi apartamento. No sólo no me pagó, sino que se me llevó todo el dinero que yo tenía y además me atizó media docena de golpes, que me pusieron la cara morada y me impidieron trabajar una semana. ¿Está...?

—No, sólo le dejé sin sentido, con la boca partida.

De pronto, Kay se puso en pie y le dio un fuerte beso.

—Me has vengado, aunque no lo sabías —dijo—. Gracias, cazador. Yo vivo en el novecientos noventa y cuatro de esa otra calle, apartamento

4 F.

Si un día tienes necesidad de Kay la Doctora pídemelo lo que sea y lo tendrás.

Fann le dio un par de afectuosas palmadas en una mejilla.

—Lo tendré en cuenta, Kay —se despidió.

—Suerte, cazador —le deseó ella.

CAPÍTULO VII

Con ojos admirados Clarabel contemplaba los movimientos de la hermana de Fann, que parecía entregada a una febril actividad, cuyo objetivo principal era la limpieza de la casa. Ella había querido ayudarla, pero Sally se había negado en redondo, alegando que era su huésped y que, por tanto, lo único que debía hacer era descansar y reponerse de los malos tragos pasados.

—Sally, perdona la pregunta —dijo de pronto—, ¿siempre eres así?

Sally, con bata a rayas y un pañuelo en torno a la cabeza, se volvió y sonrió.

—Me gusta tener la casa limpia —contestó—. Es lo primero que hago todos los días al levantarme. De otro modo no me podría sentir tranquila ante la máquina de escribir.

—¿Tienen éxito tus cuentos?

—No me puedo quejar. Gano lo suficiente para vivir y con eso tengo bastante. Además es una profesión que me gusta, libre, independiente... y me permite sufragar pequeños caprichos, que quizá de otro modo no podría conseguir.

—Casi te envidio, Sally —sonrió Clarabel.

—No digas tonterías. Tú tienes algo que vale mucho más que lo que yo puedo hacer: quince años menos. Es una edad gloriosa, créeme.

—Tampoco tú eres tan vieja. Una persona es vieja solamente cuando ella se lo cree.

—A veces me siento muy gastada... Frustrada, mejor dicho.

—¿Por qué, Sally?

La hermana de Fann suspiró.

—Me he convertido en una solterona, sin perspectivas... ¡Y me hubiera gustado tanto casarme y tener tres o cuatro chiquillos...!

En aquellas palabras Clarabel presintió el dolor causado por

alguna decepción sufrida años antes, pero no se atrevió a preguntarle por las causas. Temía ser indiscreta y no le gustaba que Sally la creyese aficionada a chismes y murmuraciones.

—Sally, la diferencia de edad entre tú y tu hermano es bastante grande —dijo.

—Phil fue el fruto tardío de un matrimonio ya maduro. Cuando murieron nuestros padres yo tenía dieciocho años y él la mitad. Tuve que hacer de padre y de madre para Phil, y no lo lamento, porque he conseguido unos resultados muy satisfactorios. Es serio, honesto y le gusta su trabajo. Bueno, le gustaba, porque ya sabes que tuvo que dimitir.

—Sí. Fue una lástima —dijo la muchacha.

—Tuvo ese arranque de honestidad y yo lo aplaudo.

—Pero ahora se ha quedado sin empleo...

—Ya encontrará uno, no te preocupes. Phil no es de las personas que se mueren de hambre tan fácilmente. Y por cierto, yo también tengo que hacerte otra pregunta acerca de Hammill. Era hermanastro de tu abuelo, pero los años...

—El abuelo se casó en segundas nupcias, cuando mi padre tenía ya veintidós años. Hammill es el fruto de ese segundo matrimonio.

—Pero el apellido...

—Hammill también es un Van Thandt, aunque prefiere usar el apellido de su madre. Lo hace por orgullo de familia, de la de su madre, claro.

—Entiendo. Pero eso no le impide ser un canalla redomado y un sujeto que estaría mejor bajo seis palmos de tierra. Y perdona que hable así de un pariente tuyo.

—Sólo es tío-abuelo —sonrió Clarabel—. El parentesco ya es lejano.

—No es algo de lo que puedas sentirte orgullosa, muchacha. Pero en fin, uno no elige a los familiares, sino sólo a los amigos —contestó Sally filosóficamente—. Bueno, voy a continuar con mi tarea...

Sally se interrumpió de pronto, porque acababan de llamar a la puerta. Clarabel se puso en pie vivamente.

—Debe de ser Phil —exclamó.

Sally hizo un gesto negativo.

—No. Conozco su llamada. Phil toca el timbre siempre de una

forma peculiar, para que yo sepa que es él. A veces estoy concentrada escribiendo y no contesto si llaman a la puerta, ¿comprendes?

Sally echó a andar y se acercó a la puerta para atisbar a través de la mirilla. Inmediatamente hizo un gesto con la mano, a la vez que se volvía hacia la joven.

—¡Clarabel, escóndete, rápido! —ordenó en voz baja—. Hay dos tipos afuera y no me inspiran ninguna confianza.

Clarabel echó a correr hacia las habitaciones interiores, llena de aprensiones por la inesperada visita de dos desconocidos que, se imaginó, no debían de venir con buenas intenciones. En cuanto a Sally, se aprestó a hacerles un recibimiento apropiado.

Las ropas elegantes no bastaban para borrar la expresión poco agradable de los rostros de los visitantes. Uno de ellos, cuyo negro pelo estaba manchado por un mechón de cabellos blancos, fue el primero en dirigirse a la dueña de la casa.

—Usted es la señora Fann —dijo.

—Señorita —corrigió Sally imperturbable—. ¿En qué puedo servirles?

—Es la hermana del sargento Fann.

—Era.

—¿Ha muerto?

—No se alegre tan pronto, hombre. Él «era» sargento. Ya no lo es.

—Lástima —contestó «Mechón Blanco»—. Bueno, vamos a despachar pronto. Sabemos que tiene usted hospedada a una muchacha en su casa. Llámela, queremos hablar con ella.

—¿De qué me está hablando, amigo?

—No se haga la lista, señorita Fann. Podemos darle un disgusto, si no obedece pronto.

Sally miró sucesivamente a los dos sujetos, matones a sueldo, supuso. Al cabo de unos segundos, sonrió y movió el índice de una forma peculiar.

—Acérquese, «Mechón Blanco». Tengo que decirle algo confidencial.

El hampón picó. Sally había recordado cierto consejo que su hermano le había dado en una ocasión. «Un buen puñetazo en la nariz aturde al más fornido».

Sally disparó el puño derecho y en el acto se oyó un aullido de dolor. Con los ojos llenos de lágrimas y las manos en la nariz chorreante de sangre, «Mechón Blanco» se retiró a meditar sobre la falacia de las mujeres aparentemente benévolas y acogedoras.

El otro emitió una obscena exclamación.

—¡Cochino! —dijo Sally.

Y le arreó una tremenda patada en la rodilla.

Sonó un angustioso chillido. El hampón se puso a saltar a la pata coja, agarrándose la rodilla maltratada con ambas manos. Sally pareció convertirse en un torbellino.

Los dos hampones se sentían desconcertados. Habían esperado amedrentar a la que suponían era una débil mujer y se encontraban con una tigresa, que parecía ir a comérselos vivos.

Sally agarró una estatuilla de bronce y empezó a sacudirles de firme en los brazos y en los hombros. No les golpeó en la cabeza, porque temía matar a alguno, pero sí quería darles a entender que no se dejaba impresionar por nadie.

Momentos después, dos abatidos sujetos ensangrentados, con las ropas en desorden, emprendían una desordenada huida tratando de escapar de las incontenibles iras de una mujer que parecía haber enloquecido. Cuando los matones hubieron desaparecido de su vista, Sally dejó la estatuilla a un lado, se puso las manos en los flancos y respiró profundamente.

Alguien asomó la cabeza con prudencia.

—¿Molesto?

Sally vio ondear un pañuelo blanco.

—Vengo en son de paz —añadió el visitante.

—¡Stumpy! —gritó ella—. ¿De dónde sales, especie de coyote hipocondriaco? Hace un siglo que no te echo la vista encima...

—No soy tan viejo —se enfadó el periodista—. Y la última vez que te vi me pusiste verde porque tenía la chaqueta llena de manchas...

—Eres muy poco cuidadoso con tus trajes. Si yo te pusiera las manos encima cambiarías bien pronto, Stumpy.

Flatter hizo un gesto defensivo.

—No, prefiero que la cosa siga así, por el momento —respondió—. Oye, ¿qué les ha sucedido a esos dos tipos? ¿Les ha atropellado una manada de elefantes?

—¿Me estás llamando elefante, Stumpy? —gritó Sally.

—Mujer, perdona, era sólo un elemento de comparación. ¿Querían hacerte algo?

—A mí, no; a la chica que tengo alojada en mi casa. Se la querían llevar para... ¡Clarabel! —llamó Sally—. ¿Estás ahí?

La muchacha asomó de inmediato, muy pálida, con expresión temerosa.

—Venían a buscarme...

Flatter silbó.

—De modo que ella está aquí... ¿Por qué, Sally?

—Te lo explicaré muy pronto, Stumpy. Clarabel, te presento a Stumpy Flatter, un buen periodista y mejor amigo. Stumpy, a ella la conoces, supongo.

Flatter agitó una mano.

—¿Cómo está, señorita Van Thandt?

Clarabel hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Celebro conocerle, señor Flatter —contestó.

—Llámeme Stumpy, como todo el mundo —sonrió el periodista. Luego se volvió hacia la otra—. Sally, ¿quieres explicarme...?

—Te lo diré si me prometes no publicar una sola palabra, por el momento —contestó Sally, quien ya estaba enterada de la conversación que su hermano había sostenido con el visitante.

—O. K. Empieza a hablar cuando gustes.

Diez minutos más tarde Flatter meneó la cabeza.

—Aquí no puede seguir un minuto más. Hammill tiene más espías de los que podemos imaginar y ya sabe que Clarabel está en tu casa. Conociendo sus intenciones, lo mejor será que la llevemos a otra parte.

—¿Adónde, Stumpy?

El periodista sacó una llave.

—Mi redactor jefe tiene una casa en la playa y a veces voy allí, cuando tengo que escribir un reportaje particularmente interesante, para concentrarme mejor. Es un lugar tranquilo, con poca gente en la vecindad y...

Sally se volvió hacia la muchacha.

—¡Clarabel, vamos a hacer el equipaje inmediatamente!

Entró en el antedespacho y se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa. Wilma le guiñó un ojo.

—Él no está. Ella tiene visita —dijo en voz baja.

—Esperaré —contestó Fann.

Sacó cigarrillos y ofreció uno a Wilma. La secretaria denegó con la cabeza.

De pronto se oyeron voces descompuestas al otro lado de la puerta acristalada. Wilma sonrió maliciosamente.

—Algún cliente enfadado, ¿eh?

—No sé qué decirte. Suele venir aquí con frecuencia...

La puerta que daba al despacho de Norma Spence se abrió súbitamente. Un hombre salió dando grandes zancadas, pero se detuvo al ver a Fann.

Chilton procuró componer el gesto. Iba elegantemente vestido, con traje oscuro y una flor roja en el ojal de la solapa. Con ademanes afectados, fingió quitarse una mota del hombro.

—No esperaba verle aquí, señor Fann —sonrió, haciendo un verdadero esfuerzo por mostrar amabilidad.

—Estamos en las mismas condiciones, amigo Chilton.

—¿Ha venido por Clarabel?

—Ella no está aquí.

—Comprendo. No quiere decirme nada...

—Usted y Clarabel terminaron hace tiempo. Lo mejor que puede hacer es olvidarla.

—No acepto sus consejos, cazador.

Fann se encogió de hombros.

—A su gusto —contestó.

Chilton pareció pensar una respuesta, pero acabó encogiéndose de hombros y salió de la oficina. Wilma sonrió maliciosamente.

—Ahora se encontrará con Troyd —dijo—. Saltarán chispas.

—¿Tú crees?

—Está a punto de llegar. Voy a ver si lo veo... Quieres hablar con los dos al mismo tiempo, supongo.

—Me conviene —respondió Fann.

Wilma se levantó y fue hacia una ventana que daba a la calle. Fann la siguió instantes después.

Un coche acababa de detenerse junto a la acera en aquel instante. Paul Troyd se apeó y se volvió para cerrar la portezuela. En aquel instante otro automóvil se detuvo frente al sujeto.

Alguien llamó su atención. Troyd se volvió.

Una mano armada surgió por la ventanilla del segundo automóvil. Wilma lanzó un chillido.

Fann se puso rígido al ver los fogonazos que escupía el arma. El asesino no desperdició un solo tiro. A medida que las balas entraban en su cuerpo, Troyd retrocedía y se inclinaba gradualmente, hasta que se desplomó sobre la acera, en medio de los chillidos y las carreras de los espectadores de la escena.

El coche en que viajaba el asesino arrancó con un potente rugido. Wilma se mareó y casi perdió el sentido.

Fann se tiró del labio inferior. Ya no podría hablar con Troyd y, se imaginó, Norma Spence no estaría tampoco en condiciones de sostener una conversación.

Tendría que verla en otro momento, se dijo, a la vez que se disponía a atender a Wilma, terriblemente impresionada por lo que acababa de contemplar.

CAPÍTULO VIII

Detuvo el coche frente a la casa, saltó fuera y contempló a las dos mujeres sentadas en la veranda.

Sally sonrió.

—Te lo ha dicho Stumpy, hermano.

Fann asintió.

—Estuve hablando con él. Le di detalles del asesinato de Troyd. Supongo que has oído la radio.

—Desde luego. Anda, entra, te haré un poco de café.

Fann subió los cuatro escalones que había hasta la veranda y se sentó frente a la muchacha.

—¿Cómo se siente, Clarabel?

Ella trató de sonreír.

—Phil, ¿cuándo acabará esta pesadilla?

—La cosa no es tan fácil como parece —respondió él—. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Me lo imagino. No sé cómo darles las gracias, a usted y a su hermana...

—No tiene que agradecernos nada. Lo hacemos con mucho gusto. Además, yo tengo también una cuentecita que saldar con Hammill.

—Un asunto personal.

—Cometió un asesinato. Yo había encontrado a un testigo presencial, pero él consiguió hacerlo desaparecer. No sé si ordenó asesinarle o le dio dinero... Bueno, ya conoce la historia, así que no voy a repetirla.

Sally salió de la casa con una bandeja en las manos.

—¿Te quedarás esta noche aquí, Phil? —consultó.

—¿Hay sitio?

—De sobra.

—Entonces me quedaré. Tengo ganas de hacer una cosa que no

he hecho en muchos meses, yo diría que años, incluso.

—¿Qué es, si se puede saber?

—Quiero levantarme cuando todavía sea de noche y pasear descalzo por la playa, mientras veo la salida del sol.

—¡Horror! —fingió Sally asustarse—. Con lo bien que se está en la cama a esas horas... —De pronto, se puso seria—. Phil, ya sabes por qué hemos tenido que refugiarnos aquí.

El joven asintió.

—Stumpy me lo ha contado. Es más, conozco a «Mechón Blanco».

—¿De veras? —preguntó Clarabel.

—Es uno de los hombres de confianza de Hammill.

—Hammill, siempre Hammill... ¿Cuándo dejará ese hombre de perseguirme? —exclamó la muchacha con voz crispada.

Sally le dirigió una mirada afectuosa.

—Phil te sacará de este apuro y un día todo te parecerá un sueño —aseguró.

Las estrellas lucían todavía en un cielo que ya tomaba un color ligeramente azulado. Hacia el este se divisaba una tenue línea rojiza que pregonaba la inminencia de un nuevo día.

En mangas de camisa, con los pantalones subidos hasta media pierna y los pies descalzos, Fann salió de la casa y caminó hacia la playa cercana. El mar estaba tranquilo y el leve oleaje se deshaga silenciosamente en la orilla.

De repente se detuvo al ver una silueta junto al mar. Soplaban una ligera brisa y los cabellos de Clarabel se movían suavemente, sueltos, libres de toda atadura.

Ella pareció presentir su llegada y se volvió, con la sonrisa en los labios.

—También yo estoy descalza —dijo.

—Entonces pasearemos juntos.

—Sí, Phil.

Echaron a andar. Clarabel inspiró con fuerza.

—Nunca había hecho una cosa semejante —dijo.

—No madrugabas demasiado, parece.

—Bueno, me levantaba a una hora normal... Pero cuando íbamos a la playa, no salía de casa hasta media mañana.

—A estas horas es cuando más se disfruta. Uno se siente

tranquilo, relajado, completamente ajeno a toda ambición, en paz consigo mismo y con los demás, aunque haya algunos a los que no se aprecia precisamente.

—Sí, también a mí me sucede algo parecido. Si ahora viese a Hammill y me prometiese no hacerme nada, creo que le perdonaría...

—Tú le puedes perdonar, pero la ley ha de tener presente que cometió cuatro asesinatos. Ordenó cometerlos, pero es lo mismo.

—Nunca se podrá probar.

—Sólo es cuestión de tiempo y de paciencia —contestó él.

Clarabel se detuvo bruscamente. Fann, sorprendido, se volvió hacia ella.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Tengo algo que decirte, Phil.

—Muy bien, adelante. No sientas temor; sea lo que sea, te escucharé.

—Se trata de ti y de tu hermana... Bueno, más bien de ti solamente. Estás haciendo algo que no debieras. Oh, no es que sea algo malo, sino que ya que no eres policía no tendrías por qué molestarte...

—Clarabel, recuerda que yo también tengo una cuenta pendiente con Hammill.

—Lo sé, pero déjame decirte una cosa. Esa investigación cuesta dinero y tú vivías de tu sueldo. Ahora estás sin empleo... Bien, en resumidas cuentas querría contribuir a los gastos.

Fann levantó una mano.

—Olvida eso por el momento —la interrumpió—. Si vuelves a mencionar la palabra dinero... te... te...

Ella sonrió.

—¿Qué me harás, Phil?

—Bueno, se lo diré a mi hermana. Le pediré que te ponga atravesada sobre sus rodillas y que te dé una buena zurra... allí, donde te imaginas fácilmente.

Clarabel lanzó una alegre carcajada.

—¿No serías capaz de hacerlo tú? —preguntó.

—Yo soy un caballero —respondió él con aire digno.

—A veces conviene dejar de serlo, Phil.

—¿Cuándo?

—No lo preguntes. Adivínalo tú mismo.

De pronto ella echó a correr a lo largo de la playa. Fann la miró un instante asombrado y luego, reponiéndose, salió en su persecución.

La playa era extensísima, inacabable. Clarabel corrió unos centenares de metros y luego, de pronto, se dejó caer sobre la arena, aparentemente exhausta.

Fann se detuvo y se arrodilló a su lado, contemplándola durante unos segundos. Ella se había puesto una sencilla blusa y una falda, y él presintió que eran las únicas prendas que cubrían aquel esbelto cuerpo.

Los senos se mostraban con reveladoras curvas cuando respiraba con ritmo más rápido, debido a la carrera. En los ojos de Clarabel había una luz extraña.

Fann se tendió junto a ella y la abrazó estrechamente, besándola con infinita lentitud. Clarabel le echó los brazos al cuello y devolvió el beso con ardorosa pasión. Las manos del joven empezaron a soltar los botones de la blusa.

Ella no protestó. La blusa y la falda quedaron a un lado. Fann la miró fijamente.

—¿Lo deseas?

Clarabel hizo un ligero gesto de asentimiento. Luego le tendió los brazos.

—Ven, cazador, toma tu presa —susurró.

El sol apareció enseguida, convertido en una roja bola de fuego, pero ninguno de los dos contempló el glorioso espectáculo que se habían propuesto ver.

Regresaron mucho más tarde a la casa. Sally, perspicaz, notó que había sucedido algo entre la pareja, pero, también discreta, se abstuvo de comentarios.

—El desayuno estará enseguida —anunció—. Tendréis apetito, supongo.

—Estoy muerta de hambre —confesó la muchacha.

—A mí ya me conoces, hermana —dijo Fann sonriendo—. Lléname el estómago; tengo que marcharme pronto y quiero acumular energías.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Iré a hablar con Norma Spence. Pero ahora vamos a

ocuparnos de lo más importante: desayunar.

Una vez hubieron terminado, Fann explicó sus propósitos.

—La agencia

Troyd & Spence

era, entre otras cosas, la encargada de realizar trabajos sucios para Hammill. Troyd fue asesinado por unos pistoleros desconocidos y esa muerte, estoy seguro de ello, está relacionada con todo lo ocurrido hasta ahora. Norma Spence tiene que saber algo sobre el particular y voy a tratar de averiguarlo.

—Ella no querrá hablar —opinó Sally.

—Veremos —contestó el joven—. Por cierto, Clarabel; vi a tu pretendiente cuando estuve en la agencia. No te lo había dicho hasta ahora, pero creo que es hora ya de que lo sepas.

—¿Te refieres a Dennis? —preguntó la muchacha, atónita.

—Sí, a Chilton me refiero. No sé qué pudo llevarle a la agencia, pero sí sé que discutió con Norma y no amigablemente. Gritaban ambos como fieras y hubo un momento en que pensé iban a pegarse mutuamente.

—Es increíble. Nunca pensé que Dennis...

Fann se limpió los labios después del último sorbo de café y dijo:

—Hay algo que siempre me ha preocupado, Clarabel. Puede que se trate de una mera coincidencia, pero en estos casos las casualidades se dan muy pocas veces.

—¿Qué quieres decir, Phil?

—La noche en que murieron los tuyos, Dennis te hizo ir a su apartamento. Necesitaba dinero, según te dijo.

—Sí, eso es lo que mencionó como motivo de su llamada urgente.

—Podía habértelo dicho a las cinco, seis o siete de la tarde, pero llamarte a las tantas de la madrugada... También podía habértelo pedido por la mañana, a primera hora, ¿no?

Clarabel se puso rígida.

—¿Sospechas que él tuvo algo que ver con la matanza?

—Ahora empiezo a sospechar.

Hubo un instante de silencio.

Luego, ella dijo:

—Si fuera así no se lo perdonaría jamás, Phil.

—Y harías muy bien —dijo Fann—. De todos modos, no es

seguro todavía, pero quiero comprobarlo.

—Hermano, si Chilton tuvo que ver algo con este horrible crimen, ¿por qué lo hizo? —preguntó Sally.

El joven ya estaba en pie.

—Adivínalo —contestó.

Besó a su hermana y se dirigió hacia la puerta. Clarabel corrió tras él y le retuvo por un brazo, cuando ya estaban en la veranda, a la vez que le miraba profundamente.

—Phil...

—¿Sí?

—Quiero que sepas que no me arrepiento de lo que ha pasado entre los dos.

—Gracias —sonrió él.

—Pero no hemos visto salir el sol...

—Acabas de decir que no lo lamentas, Clarabel.

La muchacha hizo un movimiento con la cabeza.

—Hemos visto algo infinitamente mejor —contestó—. Cuídate, cazador.

—No pases pena por mí —se despidió él.

Dos horas más tarde estaba en el apartamento del periodista. Flatter protestó amargamente por haber sido despertado en lo mejor de su sueño, pero el joven hizo caso omiso de sus lamentos.

—Tienes que vestirme —dijo—. Tú tienes contactos que yo ignoro y que no pienso obligarte a que me reveles. Vamos, lo que vosotros, los periodistas, llamáis fuentes de información.

Sentado en la cama, Flatter se pasó una mano por el revuelto cabello.

—¿De qué se trata, Phil? —preguntó, entre bostezo y bostezo.

—Dennis Chilton. Averigua todo lo que puedas de él. No dejes un minuto de su vida sin escudriñar.

—Ah, el novio de Clarabel...

—Exactamente, el mismo. Te llamaré a la noche, a la redacción de tu periódico.

—No me concedes mucho tiempo —se quejó Flatter.

—Tú puedes hacerlo, Stumpy, lo sabes de sobra. Ah, si necesitas dar dinero a alguien dímelo y cubriré tus gastos.

—Está bien. A propósito, ¿cómo se encuentra Sally?

—Estupendamente, pero no vuelvas a mencionar su nombre en

mi presencia.

—¿Por qué? Somos amigos, me parece...

—Cuando quieras saber algo de Sally se lo preguntas a ella directamente —contestó Fann con una sonrisa significativa.

—Soy un poco tímido.

—Dile a ella que eres tímido. A las mujeres les gusta mucho que se lo digan.

Fann abrió la puerta y salió a la calle. Una vez en el exterior, consultó la hora.

Aún era pronto, pero sin embargo no pensaba dejar pasar el día sin haber hablado con Norma Spence.

CAPÍTULO IX

Vestida de riguroso luto, Norma Spence llegó a su casa, abrió el bolso y sacó la llave. Cuando abría, alguien se le acercó en cuatro zancadas.

Ella se volvió, sobresaltada.

—No tema —dijo Fann—. No quiero hacerle ningún daño. Sólo deseo hablar unos minutos con usted.

—No tenemos nada de qué hablar y, además, no quiero decir nada —contestó Norma desabridamente.

Fann agarró su brazo y la empujó firme, pero cortésmente, hacia el interior del apartamento.

—Hablaemos, Norma —aseguró.

Ella pareció ceder. Cruzó el umbral y se quitó el velo que había llevado puesto para la fúnebre ceremonia a la que acababa de asistir. Luego lanzó el bolso sobre un diván. Y a continuación se encaminó a un pequeño bar.

La botella tintineó contra el borde de la copa.

—Estás muy nerviosa —observó Fann.

—Tengo motivos, ¿no?

—Muy graves, imagino.

Norma vació la copa de un trago y luego volvió a llenarla. Fann se acercó al bar, le quitó la copa y la miró a los ojos.

—El alcohol no resuelve cierta clase de problemas. Mejor dicho, no resuelve ninguno. ¿Cuál es el suyo, Norma? ¿El miedo que siente después de la muerte de su socio?

Ella palideció horriblemente.

—¿Cree que puedo mostrarme indiferente? —exclamó.

—No; pero apostaría algo bueno a que sabe por qué asesinaron a Troyd.

—No lo sé, y si lo supiera no se lo diría.

—Lo sabe y no quiere decírmelo, porque está llena de miedo. El

pánico se ve en su cara, en sus ojos, en esas manos que tiemblan sin que usted pueda dominar su temblor...

Norma se disponía a encender un cigarrillo. La llama del encendedor osciló visiblemente. De pronto, con gesto furioso, tiró el cigarrillo y el mechero a un rincón.

—¡Sí, tengo miedo! —gritó—. Un miedo espantoso... y a usted le pasaría también lo mismo si estuviese en mi lugar.

—Lo dudo mucho, porque yo no habría contratado a un dinamitero, para asesinar a toda una familia de una sola vez.

—Nosotros no lo hicimos.

La voz de Norma era insegura, vacilante, a pesar de que en ocasiones gritaba para demostrar una firmeza que no existía.

—Lo hicieron. No se puede probar, pero es tan cierto como que el sol sale todos los días. ¿Se lo ordenó Hammill?

Ella apretó los labios.

—Y si así fuese, ¿podría probarlo?

—Suponiendo que fuese cierto le convendría hablar, a fin de conseguir una sentencia benévola cuando la juzguen.

—No admitiré jamás nada, sépalo de una vez.

—Norma, será mejor que hablemos claro desde el principio. Mire, estoy dispuesto a admitir que ustedes, al menos usted, ignoraba los propósitos de Hammill cuando les ordenó contratar a Segan. Además de manejar la dinamita con gran habilidad, era un experto en provocar incendios en empresas con dificultades económicas. Usted puede alegar que les dijeron que solamente querían incendiar la casa de los Van Thandt, pero nunca causar una matanza. El tribunal dictaría una sentencia benigna, créame.

—¡No, no diré nada! —gritó Norma descompuestamente—. ¡Y váyase de una vez!

De pronto corrió a su bolso, lo abrió y extrajo una pequeña pistola, con la que encañonó al joven.

—Márchese o disparo —añadió.

Fann hizo una profunda inspiración.

—Está bien, si así lo quiere... Pero le valdría más hablar; aparte de descargar su conciencia, dejaría de sentir miedo.

—Tendría más miedo que nunca —le atajó ella.

Fann levantó las cejas.

—Ah, ya empieza a admitir...

—¡No admito nada! Usted no conseguirá que yo hable.

El joven sonrió mientras se acercaba a Norma.

—Soy un caballero y por eso no pronuncio la expresión vulgar que se utiliza para describir la situación de una persona con mucho miedo. Usted se encuentra en esa situación, aunque no le guste admitirlo, y nada hará variar la realidad de las cosas, créame.

De pronto, con rápido movimiento, le quitó la pistola y la tiró a un lado.

—Me voy a marchar, pero no porque usted me lo ordene, sino para dejarla a solas con sus pensamientos. Puede que así llegue a la conclusión de que le conviene hablar, por encima de cualquier otra consideración. Entonces llámeme y yo le prometo ayudarla con todas mis fuerzas.

Los labios de Norma temblaban visiblemente. Fann comprendió que estaba a punto de sufrir un *shock*, a causa del pánico que sentía.

—Por cierto —añadió con aire displicente—, ¿a qué fue Dennis Chilton a la agencia? ¿Por qué discutían los dos con tanta violencia?

—E... el señor Chilton no... nos encargó una investigación... Los resultados no le agradaron y... y nos culpaba a nosotros de lo... de lo sucedido...

Fann miró suspicazmente a la mujer.

—Otra mentira, pero acabaré por averiguarlo todo —afirmó—. Mantengo mi oferta, Norma. Hable y la ayudaré.

Ya no dijo nada más; sabía que era inútil proseguir la conversación, a menos que emplease la violencia con aquella obstinada mujer. Pero no era un procedimiento que le agradase, y además podía resultar contraproducente.

Era mejor que se cociese en su propio miedo, decidió finalmente.

El miedo la forzaría a hablar, estaba seguro de ello.

A pesar de todo no quería perder de vista a Norma.

Ella tendría que hablar con alguien, pedirle consejo, solicitar otra clase de ayuda, antes de resolverse a declarar cuánto sabía. Incluso podía pedir dinero a Hammill, como una especie de pago suplementario por haber contratado al dinamitero.

En todo caso merecía la pena esperar. Presintió que Norma iba a salir muy pronto de casa y se situó en un lugar apropiado para vigilar los menores pasos de la mujer.

Media hora más tarde sonrió satisfecho al ver que sus

presentimientos se habían realizado. Norma se había cambiado de ropas, dejando el traje de luto en casa. Salió a la calle sujetando el bolso con una mano, mientras que con la otra se disponía a sacar las llaves de su coche.

Un hombre se acercó súbitamente a Norma. Ella pareció intuir el peligro y se volvió.

El individuo sacó un revólver y apuntó a la mujer. Norma gritó, pero al mismo tiempo levantó el bolso con la mano que tenía en el interior.

Los dos disparos sonaron simultáneamente, algo más apagado el de Norma, debido a que el arma estaba en el interior del bolso y además era de un calibre inferior. El pistolero puso una terrible cara de sorpresa al ver brotar un fogonazo del bolso que tenía frente a sí.

Norma se tambaleó, pero apretó el gatillo otra vez. El pistolero hizo también un segundo disparo. Luego, girando violentamente sobre sí mismo, cayó de bruces en la acera, en medio del asombro y el espanto de cuantos se hallaban cerca del lugar de la escena.

Fann, sorprendido en un principio, saltó del coche inmediatamente. Norma, con el pecho cubierto de sangre, se tambaleaba visiblemente.

El joven corrió hacia ella. Norma trató de apoyarse en su coche, pero las rodillas se le doblaron y empezó a caer lentamente. Fann la alcanzó cuando ya estaba tendida en el suelo.

Norma respiraba entrecortadamente. Sus pupilas ya estaban turbias.

—Usted... tenía ra... razón... —jadeó.

Fann la sostuvo en sus brazos, arrodillado en el suelo.

—Vivirá, Norma —dijo—. Está malherida, pero saldrá adelante...

—Él es...

La voz de la mujer se convirtió en un soplo ininteligible. Sus ojos giraron en las órbitas y su cabeza cayó hacia atrás. Fann comprendió que Norma ya no volvería a pronunciar una sola palabra.

Una sirena se oyó a los pocos instantes. Fann permaneció en la misma postura, hasta que llegó el coche de patrulla.

—Todavía no sé nada —le dijo el periodista aquella misma noche—. Sin embargo creo que tengo una buena pista.

—¿No puedes darme más detalles? —solicitó Fann.

—Lo siento. Debo esperar a reunir algunos datos que considero imprescindibles. Si ahora te dijera algo resultaría prematuro. Puedes esperar un día o dos, supongo.

—¡Qué remedio! —Se resignó el joven—. Stumpy, conoces ya la noticia.

—Sí. Ella resultó ser una mujer valerosa.

Fann hizo un gesto de escepticismo.

—El miedo, a veces, impulsa a realizar acciones desesperadas —contestó.

—Como sea, Norma se «cargó» a su asesino. Más de uno ha dicho que es una lástima que muriese, porque así la habrían felicitado.

—Si viviese hablaría y eso resultaría mucho más interesante, Stumpy.

—Tal vez, pero se la considera poco menos que una heroína. He oído decir que asistirá mucha gente a su entierro. Ya han enviado a la funeraria un montón de coronas y ramos de flores...

Fann meneó la cabeza. Resultaba sangrientamente irónico.

Una mujer, complicada en una espantosa matanza, había muerto asesinada por la misma razón y la gente la tomaba como una heroína valerosa que había eliminado a un peligroso pistolero.

—Las vueltas que da el mundo —murmuró.

—¿Qué dices? —preguntó el periodista, todavía al teléfono.

—No, nada de particular, Stumpy. No dejes de avisarme cuando tengas los informes completos.

—Descuida, cazador.

Fann colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Durante unos minutos estuvo paseando por la sala, hasta que de pronto concibió una idea que creyó podría darle buenos resultados.

Inmediatamente marcó un número de teléfono. Una voz de mujer le contestó en el acto:

—¿Quién es?

—Phil Fann. Wilma, ¿puedo pedirte un favor?

—Sí, claro. Lo que quieras. Phil, he oído las noticias... Estoy terriblemente impresionada... No puedo creer que mis jefes hayan muerto con tan poca diferencia de tiempo...

—Desgraciadamente, así ha sido. Y de eso precisamente quería

hablarte. ¿Tienes las llaves de la oficina?

—Sí, desde luego. Phil, ¿qué pretendes?

—Voy a buscarte. Estaré en la puerta de tu casa dentro de veinte minutos. Aguárdame en la calle, ¿quieres?

—¿Tratas de decirme que vamos a ir a la oficina, a estas horas de la noche?

—Exacto, Wilma Recuerda: veinte minutos a partir de ahora.

Fann colgó el teléfono. Wilma no había salido todavía de su asombro cuando el joven detuvo el coche frente a la puerta de su casa.

—Son más de las once de la noche —dijo, mostrando su reloj de pulsera—. ¿Qué pretendes hacer en la oficina?

—Registrarla de arriba abajo —contestó él sin rodeos.

—¿Por qué?

—Wilma, es hora de que lo sepas. Probablemente tú intervenías en actos completamente legales, sin que supieras cuáles eran, en realidad, los verdaderos objetivos de la agencia.

—Ciertamente, no había demasiado trabajo. No abundaban los clientes...

—Pero Troyd y Norma vivían principescamente, ¿verdad?

—Al menos me pagaban un buen sueldo. No sé qué haré ahora, sin trabajo. Tendré que buscar otro empleo.

—No te resultará demasiado difícil conseguirlo —aseguró él—. Y ya es hora de que sepas que Troyd y la señora Spence estaban complicados en la matanza de la familia Van Thandt.

—¡Jesús! —Se aterrorizó Wilma—. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué crees que los asesinaron?

—Sabían demasiado, ¿eh?

—No lo dudes, hermosa.

—Entonces esperas encontrar algo en la oficina...

—Por eso vamos allá, Wilma.

—Te advierto que hay unos archivadores en los cuales yo no he metido la mano jamás. Ellos los tenían permanentemente cerrados con llave. Cuando querían examinar algo, si yo estaba delante me hacían salir inmediatamente.

—Gracias por la información —sonrió Fann—. Es precisamente lo que buscaba.

Wilma cerró los ojos un instante.

—No me lo puedo quitar de la cabeza. Troyd y ella... unos asesinos...

—Aunque no lo hicieron personalmente, contrataron al dinamitero —dijo Fann—. Lo cual les convierte justamente en las palabras que acabas de pronunciar.

Ella ya no quiso seguir hablando. Un cuarto de hora más tarde entraban en el edificio donde se hallaba la agencia.

Wilma le guió hasta la oficina. Cruzaron el antedespacho y penetraron en la otra estancia. Fann se detuvo como herido por el rayo, apenas había cruzado el umbral.

Había un gran armario metálico y sus cajones aparecían abiertos de par en par. Fann no necesitó ver más para saber que alguien se les había anticipado, llevándose hasta el último papel guardado en el archivador.

Los cajones de la mesa aparecían limpios, así como la carpeta que había encima. En aquel despacho no quedaba el papel suficiente para anotar un número de teléfono.

Wilma tenía la boca abierta y no podía hablar. Fann procuró ocultar la decepción que sentía con una frase que resumía sus pensamientos sobre el particular:

—Ha sido más listo que nosotros —dijo.

CAPÍTULO X

Flatter le llamó al día siguiente, a media mañana.

—Tengo algo que puede interesarte —dijo—. Red Coutts era íntimo de Kitov.

—¿Seguro, Stumpy?

—Absolutamente. Uno de mis confidentes me lo ha dicho. Es más, Kitov estaba en las inmediaciones para recoger a Coutts apenas hubiese terminado la faena, pero como las cosas no sucedieron como esperaba se largó sin que nadie se diese cuenta de su presencia.

—Será cosa de hablar con Kitov —dijo el joven.

—En tu lugar yo me andaría con pies de plomo, Phil.

—No te preocupes. Sé cómo manejar a los tipos como Kitov.

—Como quieras. Ah, otra cosa. Anoche vi a Chilton muy bien acompañado. Ella es muy guapa y le salen los millones por las orejas. Viuda algo madura, pero todavía apetitosa... Imagínate el resto.

—Sí, desde luego.

—Hice que los siguieran. Phil, esto me va a salir por un ojo de la cara —se lamentó el periodista.

—Descuida, te pagaré los gastos. Continúa, Stumpy.

—Se fueron al apartamento de él y han pasado allí la noche.

—Se ve que a Chilton no le impresionan las cosas que están pasando —sonrió Fann—. Bueno, procuraré verte cuanto antes. Ahora voy a intentar dar con Kitov.

—¿Le obligarás a hablar?

—Puedes estar seguro de que «cantará» como un ruiseñor en celo.

—¡Hum! Es un tipo muy duro... —dijo Flatter, receloso.

—Yo también. Adiós, Stumpy.

Fann colgó el teléfono y se dispuso a prepararse para la

entrevista con Kitov que, supuso, no sería precisamente un dechado de cortesía y buenos modales. En la manga derecha de su traje, sujeta por unas presillas especiales, guardó una porra corta, delgada, de metal forrado de cuero y terminada en una bola de cuero de unos dos centímetros y medio de diámetro. Luego, con paso resuelto se dirigió a la puerta.

Sabía cómo abrir puertas sin necesidad de llave y ciertos aspectos legales le tenían sin cuidado en aquellos momentos. Lenta y cautelosamente, entró en el apartamento donde residía Kitov y se acercó al dormitorio.

La estancia se hallaba vacía. Fann apreció que la cama estaba revuelta, como si su ocupante se hubiese levantado poco antes.

Era extraño, se dijo. Kitov era un sujeto de vida más bien nocturna y no se había levantado a una hora relativamente temprana de no haber tenido poderosas razones para romper sus hábitos. Se preguntó cuánto tiempo hacía que había salido de casa.

La cocina estaba relativamente en orden. Fann apreció que aún había bastante calor en la cafetera. Vio un pocillo con algunos restos de café y los probó. El líquido estaba frío, aunque no demasiado; todavía conservaba ciertos rastros de tibieza.

—No hace ni un cuarto de hora que se fue de casa —murmuró—. ¿Adónde diablos habrá podido irse?

«¿Huir de la policía?», pensó.

Entonces no habría dormido en casa y aunque así hubiera sido, si hubiese recibido un «soplo» de que era buscado no se habría entretenido en hacerse café, sino que habría salido de estampida. Pero no había señales de grandes prisas en el apartamento, excepto que la cama estaba revuelta, aunque no era una pista que sirviese de mucho.

Volvió a la sala y, defraudado, se dispuso a abandonar el apartamento. Entonces, junto al teléfono, divisó un taco de papel que servía para tomar notas.

Había algo escrito en la hoja de encima. Fann leyó: «Sun Beach, York House».

Inmediatamente se puso rígido. Aquellas cuatro palabras resultaban toda una revelación, porque significaban la dirección de la casa donde estaban Clarabel y su hermana.

No perdió el tiempo en preguntarse cómo había averiguado

Kitov aquel dato tan importante. Lo que ahora le interesaba era evitar que un despiadado asesino causara el menor daño a dos indefensas mujeres.

Claro que Sally tenía su genio, pero...

Kitov no se dejaría sorprender como los dos hampones que habían intentado llevárselas días antes. Además Clarabel debía morir... y si Sally estaba junto a ella también moriría, para cerrar la boca de un testigo comprometedor.

Rogó para llegar a tiempo. Y si no llegaba, se juró que haría pedazos a Kitov con sus propias manos.

Detuvo el coche en el lugar apropiado, se apeó y corrió agachado hasta llegar a la cumbre de la pequeña eminencia que dominaba la playa, desde una altura de escasamente cincuenta metros.

La casa estaba a poco más de cien. Había otras, pero las distancias entre los edificios superaban a veces los quinientos metros. La zona no era muy poblada, lo que precisamente la convertía en un lugar muy adecuado para descansar sin complicaciones.

Inmediatamente vio un coche parado en un costado de la casa. Kitov estaba ya allí.

La ira le hizo ver todo rojo durante unos segundos, pero consiguió dominarse. Era preciso alcanzar la casa sin ser visto.

Descendió cautelosamente dando un pequeño rodeo, aproximándose por la fachada a la que daban la cocina y el cuarto para la sirvienta del dueño. Eran lugares donde no habría gente en aquellos momentos.

Paso a paso alcanzó la fachada posterior del edificio y trató de escuchar. Le pareció oír unas risas burlonas y luego captó la voz irritada de su hermana.

«Bueno, al menos están vivas todavía», se dijo.

Si Clarabel hubiera muerto ya su hermana no podría protestar, porque también estaría muerta. ¿Qué diablos se proponía Kitov, demorando tanto tiempo la ejecución de una sentencia que alguien había dictado desde otro lugar?

Kitov era un sádico. Tal vez estaba disfrutando con el pánico de dos mujeres aterrorizadas por una horrible perspectiva. Como fuera, era preciso evitar a toda costa que el pistolero llevase a cabo sus

siniestros propósitos.

Pisando de puntillas se acercó a la casa, hasta alcanzar el automóvil de Kitov. Ya tenía la porra en la mano.

De pronto oyó voces:

—Camina, nena. No intentes resistirte o te rajaré la cara, ¿entendido?

La voz no era de Kitov. Fann dedujo que el pistolero había llevado consigo a uno de sus compinches.

Esperó junto a la esquina. Sally pasó por su lado. El hampón la sujetaba con una mano por un brazo, a la vez que apoyaba en su mejilla la aguda punta de una navaja automática. Fann les dejó pasar un metro y luego, alargando la mano izquierda, apartó la navaja de la cara de su hermana.

El pistolero no tuvo tiempo de reaccionar. Algo duro le golpeó en la nuca y se desplomó fulminado.

Sally, estupefacta, se volvió. Fann se puso un dedo en los labios. Luego le señaló el cuerpo inerte del hampón y le ordenó en silencio que lo apartase de aquel lugar. Sally se agachó y, en el mismo instante, se oyó un agudo chillido de protesta en el interior de la casa:

—¡No, eso no! —gritó Clarabel.

Fann sintió que se le encendía la sangre. Dio la vuelta a la esquina, saltó a la veranda y se lanzó a través de la puerta.

Durante una fracción de segundo contempló una escena nada agradable. Antes de asesinar a su víctima, Kitov quería hacer algo más.

Clarabel tenía la blusa rasgada y su pecho estaba al descubierto. Kitov la sujetaba por la cintura, a la vez que buscaba su boca ávidamente.

—No te resistas, hermosa —jadeó—. Será peor, de todas formas lo voy a conseguir...

—No lo creo —dijo el joven.

Clarabel le vio y emitió un grito:

—¡Phil!

Kitov se volvió, vomitando imprecaciones. Era un hombre rápido y Fann estuvo a punto de dejarse sorprender por el arma que había aparecido en la mano del pistolero como por arte de magia.

Pero no le dio tiempo a usar la pistola. Desvió el brazo armado

con su mano izquierda, y al mismo tiempo descargó un terrible golpe con la porra de metal.

La bola de acero chocó contra el centro de la frente de Kitov. Se oyó un horrible chasquido de huesos. En los ojos del asesino apareció una indescriptible expresión de sorpresa.

Kitov permaneció unos segundos en pie, con los ojos desmesuradamente dilatados y la boca abierta en una espantosa mueca. Luego, sin pronunciar una sola palabra se vino al suelo, en donde quedó completamente quieto.

Clarabel se arrojó en brazos del joven.

—Ese miserable... quería... quería...

Fann le acarició los cabellos.

—No digas nada. He llegado a tiempo y eso es suficiente, querida.

Sally apareció en aquel instante.

—Phil... ¡Cielos! Ese tipo está...

Fann se volvió hacia su hermana.

—Si está muerto no lo lamentaré —contestó—. Anda, atiende a Clarabel unos momentos, por favor.

—Sí, desde luego. Pobre chica. Ven, tenemos que arreglar tus ropas.

Las dos mujeres desaparecieron unos momentos. Fann se inclinó sobre el pistolero.

El corazón de Kitov latía aun débilmente, pero se detuvo antes de un minuto. Fann le alzó un poco la cabeza.

El golpe había hundido el hueso frontal aunque, sorprendentemente, no se había producido hemorragia exterior. Todavía inclinado sobre el cadáver, meditó unos momentos acerca de lo que debía hacer.

Salió fuera. El otro pistolero yacía aún en el suelo inconsciente, pero vivo.

Fann volvió a entrar en la casa y cargó con el cuerpo de Kitov, dejándolo en el maletero de su propio coche. Aunque le dolía desprenderse de un arma que se había mostrado terriblemente eficaz, se dijo que ya no le convenía continuar en posesión de la porra. Después de limpiar cuidadosamente sus huellas dactilares, la dejó en la guantera del coche.

Conocía al otro pistolero. Ya había tenido ocasión de enfrentarse

con él en la residencia de Hammill. Buscó agua y le mojó la cara, hasta que el sujeto empezó a dar señales de vida.

Transcurrió un buen rato antes de que el hampón volviera plenamente a la consciencia. Fann le amenazó con el revólver de Kitov.

—Lárgate —ordenó—. Ve a ver a Hammill y cuéntale lo que ha ocurrido. Clarabel sigue viva, eso es todo lo que tienes que decir.

Dubbie Shonish miró turbiamente a su alrededor.

—¿Dónde está Kitov?

—Tuve mala suerte. Se me escapó con el coche de las señoras.

Shonish se encogió de hombros.

—Conste que yo no tenía nada que ver con esto...

—Ya —dijo Fann sarcásticamente—. Viniste aquí a contemplar el paisaje. Anda, vete antes de que el dedo se me ponga nervioso y te meta una bala en la barriga.

El pistolero, muy deprimido, subió al coche y se alejó. Una sonrisa indefinible apareció en los labios del joven.

Clarabel se había repuesto considerablemente cuando regresó a la casa. En el rostro de Sally, sin embargo, había preocupación.

—Phil, no te reprocharé que hayas matado a una alimaña, pero puedes verte en un serio compromiso —dijo.

—No lo creas. El cadáver de Kitov está en el maletero del coche que acaba de salir de aquí. Pero su conductor lo ignora, claro. Cree que hice huir a Kitov cuando él estaba inconsciente y que se llevó vuestro coche.

—Una salida muy astuta, hermano —sonrió Sally, más aliviada.

—Sobre todo teniendo en cuenta que ese coche se lleva también la porra. Es posible que no ocurra así, pero el conductor se marcha nervioso y aturdido. Quizá cometa una imprudencia y lo detenga una patrulla de carreteras. Imagínate lo que encontrarán.

—Puede decir que ha estado aquí y que tú...

—¿Alguna de las dos ha visto aquí a Kitov y a su compinche?

—¿Quiénes son esos tipos? —Peguntó Clarabel.

Fann alargó la mano hacia la joven.

—Ven, te lo explicaré mientras damos un paseo por la playa —contestó.

—No tengáis prisa; la comida tardará todavía un buen rato —dijo Sally maliciosamente. Clarabel se descalzó antes de salir de

casa. Sus ojos brillaban de un modo especial.

—He pasado mucho miedo, pero desde que estás tú me siento mucho mejor, de otra manera... No sé cómo definirlo, Phil. Creo que soy... una mujer completamente distinta...

—Eres la misma, sólo que no lo sabías ver —dijo él.

—En todo caso, tú me has abierto los ojos.

—¿Lo crees así?

Clarabel apoyó la cabeza en el hombro del joven.

—Estoy plenamente convencida —respondió cálidamente.

La playa seguía desierta. A unos ochocientos metros había un pequeño promontorio rocoso y pasaron al otro lado, en una especie de diminuta caleta, cuya arena estaba agradablemente caliente y seca.

—Hace un día para tomar el sol... sin nada encima —dijo ella.

Fann sonrió. Cuando Clarabel se hubo quitado toda la ropa, le miró sonriendo.

—¿No quieres hacerme compañía, Phil?

El joven asintió.

—Todo el tiempo que quieras... todas las veces que lo desees —contestó.

CAPÍTULO XI

Maldiciendo amargamente de lo ocurrido, Dubbie Shonish entró con el coche en el jardín de la residencia de Hammill y lo detuvo frente a la terraza, en la cual se hallaba sentado el dueño de la casa.

—A ti te ha ocurrido algo —adivinó Hammill.

—Ese maldito policía...

—Expolicía —corrigió el otro—. ¿Qué te ha pasado?

Shonish se frotó la nuca.

—Aún me duele —dijo—. Me sorprendió totalmente y me dejó sin sentido casi una hora.

—¿En dónde ha ocurrido eso, Dubbie?

—En Sun Beach. Fuimos allí y la cosa no pudo resultar peor.

Hammill alzó las cejas.

—¿Sun Beach? —repitió—. ¿Y se puede saber a qué diablos fuiste a ese lugar? Pero no ibas solo, según parece.

Shonish puso cara de sorpresa.

—Bueno, no sé por qué lo pregunta, jefe. Usted debería saberlo mejor que nadie...

—Un momento, un momento —dijo Hammill, manoteando aparatosamente—. No entiendo nada de lo que estás diciendo. ¿Por qué rayos tendría que saber yo que fuiste a Sun Beach con otro?

—Usted lo ordenó, jefe.

—Dubbie, uno de los dos está loco o borracho. Yo no estoy loco ni he bebido, así que tienes que ser tú. Y no te huele el aliento, de modo que has perdido el juicio. Explícate de una vez, ¿quieres?

—Usted dice que no entiende nada, pero yo tampoco lo entiendo. Nos ordena ir York House, en Sun Beach, y luego pregunta a qué fuimos. ¿No cree que usted también debería explicarse?

—Yo no he mandado a nadie ir a Sun Beach y menos a un lugar llamado York House, del que jamás había oído hablar hasta que tú

lo has mencionado —contestó Hammill, sumido en un profundo desconcierto.

—De modo que usted no lo ordenó...

—¡En absoluto, Dubbie!

—Bueno, él me dijo...

—¿Él? ¿Quién?

—Boris, claro. Me llamó y dijo que tenía órdenes de que le acompañase a York House. Allí estaban las dos mujeres y teníamos que llevarlas... Bueno, Kitov no lo dijo; sólo mencionó que necesitaba mi ayuda, porque una de ellas podía resistirse.

—¿Dos mujeres? —La sorpresa de Hammill había alcanzado límites insuperables—. ¿Quiénes eran?

—Una de ellas la chica Van Thandt. La otra es hermana del sargento Fann, ése al que llaman cazador.

—Clarabel van Thandt y la hermana del policía... ¿Eso te dijo Kitov?

—Sí, señor, pero resultó que el policía llegó y... Bien, a mí me arreó un golpe con no sé qué diablos y perdí el sentido. Cuando lo recobré me ordenó marcharme. Tenía una pistola en la mano, así que no tuve más remedio que obedecerle.

—¿Y Boris? ¿Qué dice?

—No lo sé, señor. Se marchó antes que yo. Al menos eso fue lo que dijo Fann.

Hammill se puso a reflexionar intensamente, porque había ocurrido algo de lo que estaba completamente ignorante y que le producía una indescriptible perplejidad.

—¿Estás seguro de que Boris se marchó antes que tú? —preguntó al cabo.

—Bueno, lo dijo el policía. La verdad, no podía quedarme a comprobarlo, jefe.

—Será cosa de hablar con Boris, a fin de que termine de aclarar este asunto —gruñó Hammill—. Esto huele a podrido y no me gusta en absoluto, porque una cosa es segura: yo no ordené a Boris que fuera a Sun Beach. Ni siquiera conocía el paradero de la chica, ¿me comprendes?

Shonish se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a Boris cuando lo vea —aconsejó.

—Sí, le llamaré ahora mismo, descuida. Anda, lleva el coche al

garaje.

Shonish asintió y descendió de la terraza. Cuando se disponía a subir al automóvil, vio que tenía una de las ruedas completamente deshinchada.

Una imprecación de rabia se escapó de sus labios.

—Maldita sea, lo que me faltaba. Ahora tendré que cambiar esta condenada rueda...

Fue a la zaga del coche y levantó la tapa del portamaletas. Inmediatamente dio un salto atrás, a la vez que lanzaba un estridente chillido:

—¡Jefe!

Hammill se había levantado con el objeto de entrar en la casa y telefonar, y se volvió al oír el grito de su esbirro. Desde el lugar en que se encontraba no podía ver gran cosa, aunque sí pudo apreciar que Shonish daba la sensación de hallarse al borde de un ataque de nervios.

—Jefe... Boris... está aquí... —dijo el sujeto temblorosamente.

Hammill descendió la escalera. Cuando vio el cuerpo humano en el interior del maletero, encogido sobre sí mismo, sufrió un terrible choque, que le hizo sentir vértigo durante unos instantes.

—Yo... yo no lo sabía... —lloriqueó Shonish—. Lo he llevado aquí todo el tiempo... Y me dijeron que Boris se había marchado en otro coche...

En la frente de Hammill latió repentinamente una vena, a causa de la cólera que sentía. Estuvo inmóvil unos momentos con la respiración paralizada y luego, lentamente, se dirigió hacia la escalera.

—Dubbie, voy a ver si arreglo esto de una maldita vez —dijo con ominoso acento—. Y lo haré yo personalmente y a mi manera. Me han estado tirando de la nariz mucho tiempo y es hora de que deje de ser un títere.

—Sí... sí, jefe... Pero... ¿qué hago con el cadáver de Kitov?

Hammill se revolvió furiosamente.

—¡Cómetelo! —aulló—. Tú fuiste con él y no me dijiste nada, de modo que no quiero saber lo que vas a hacer o no con ese asqueroso fiambre. Tenías que haberme informado de que te ibas a Sun Beach con Boris y las cosas habrían resultado ahora distintas, ¿entiendes, pedazo de estúpido?

Terminó de subir la escalera, entró en la casa y fue al teléfono. Aquel asunto, se dijo, iba a acabar de una vez por todas aquel mismo día.

Cuando regresaban a la casa, con las manos juntas, vieron un coche parado en las inmediaciones.

—Phil... —dijo Clarabel aprensivamente.

—No temas, es gente conocida —sonrió él.

Frente a la casa se detuvieron y se miraron a los ojos.

—Clarabel...

—Dime, querido.

—Lo que ha pasado...

Ella le abrazó bruscamente y escondió la cara en su pecho.

—No me importa en absoluto. Lo repetiría mil veces más... —De pronto se echó a reír—. Lo repetiremos muchas, muchas veces...

—Espera un momento, Clarabel. Tú sabes quién soy yo y cuál es mi futuro. Lo que nos está pasando no puede ser más que un sueño, del que, nos guste o no, debemos despertar cuando haya terminado todo esto y tú puedas vivir tranquila. No quiero mencionar los motivos; te los imaginas de sobra, supongo.

Clarabel se separó ligeramente para clavar sus ojos en el rostro del joven.

—Me los imagino, pero tú también tienes que saber una cosa. No me importa quién seas ni lo que hagas; incluso si fueras un depravado asesino diría lo mismo. Eres mi hombre. ¿Lo entiendes? Mi hombre, en toda la extensión de la palabra, y no pienso soltarte jamás. Y si huyes de mí yo seré la cazadora y tú la presa, y te perseguiré hasta los antípodas o hasta...

Fann sonrió al apreciar el apasionamiento que latía en las palabras de la muchacha.

—Sólo espero que un día no tengas que arrepentirte, Clarabel.

—¡Jamás, jamás! —declaró ella ardientemente—. Eso es algo que no sucederá...

De súbito, se oyó una voz irónica en la veranda.

—¡Eh, tortolitos! Basta de arrullos. No he venido aquí para ver cómo dos enamorados cambian ternezas. Tiempo les quedará para dedicarse a sus asuntos... particulares.

Fann y Clarabel se volvieron, enormemente sorprendidos. Apoyado en el pasamanos de la baranda estaba Flatter.

Sally se hallaba a su lado y parecía muy contenta. Fann sonrió.

—¡Phil, Stumpy me ha pedido que me case con él y yo le he contestado que sí! —gritó Sally.

—Vaya, es una buena noticia...

Clarabel echó a correr, subió a la veranda y abrazó efusivamente a Sally.

—No sabes cuánto me alegro —dijo—. Apenas me sea posible les haré un magnífico regalo...

—Las damas pueden hablar de sus asuntos íntimos —sonrió Flatter—. En cuanto a los caballeros, tienen temas graves que tratar... reservadamente.

Al hablar miraba al joven. Fann asintió.

Clarabel, todavía abrazada a Sally, se volvió aprensivamente. Sally tiró de ella hacia el interior de la casa.

—No temas —dijo—. Phil sabrá salir adelante.

—Le quiero —declaró Clarabel sin ningún rubor—. Estoy locamente enamorada de él y si le sucediera algo creo que me moriría.

—No le pasará nada, puedes estar segura de ello...

Flatter descendió la escalera y se plantó frente al joven.

—Creo que ya sé quién es —manifestó.

—Habla —indicó el joven escuetamente.

Flatter inició su relato. Cuando terminó Fann, pese a todo, mostró su asombro.

—Sabía que acabarías por conseguir informes, pero algunas de las cosas que has dicho me dejan atónito. ¿Cómo lo has sabido?

El periodista sonrió.

—¿Recuerdas que te dije había visto salir a una dama de su casa? Bien, resultó que era conocida mía, de toda confianza y de repente se encontró en un gravísimo aprieto. Ella sabía que podía hablarme con sinceridad; yo sé muchas cosas y lo que no se debe publicar me lo guardo para mí.

—Comprendo. ¿Y...?

—La cosa fue rápida. En menos de veinticuatro horas, ella ya tenía un montón de fotografías comprometedoras encima de su mesa, más una petición de cien mil dólares.

Fann emitió un largo silbido.

—Chantaje, ¿eh?

—Como lo oyes, Phil.

—Eso, puede decirse, lo explica todo, ¿no crees?

—Es lo que yo pienso.

—¿Qué le has dicho a tu amiga?

—Le aconsejé fingiera ceder aunque dando largas, con el pretexto de que necesitaba algún tiempo para reunir la suma exigida. Luego le dije que había alguien que podría solucionar su problema. ¿Me equivoco?

—No, has acertado —dijo el joven ceñudamente—. Solucionar el problema de tu amiga y de muchas otras personas... y el de Clarabel, sobre todo.

Fann se dirigió hacia la casa.

—Voy a terminar de vestirme —anunció—. Quédate aquí y cuida de las mujeres.

—Me gustaría acompañarte. Soy periodista, recuérdalo —dijo Flatter.

—Ellas necesitan compañía y... y la entrevista puede resultar peligrosa. Quédate, Stumpy —dijo Fann, con acento que no admitía réplica.

CAPÍTULO XII

El hombre abrió la puerta al oír la llamada y puso cara de sorpresa al reconocer a su visitante. Pero antes de que pudiera abrir la boca Fann le asestó un terrible puñetazo en el estómago que lo dejó sentado en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas y sin respiración.

Fann entró y cerró la puerta. Luego se inclinó sobre Chilton, lo agarró por el cuello de la chaqueta y, alzándolo en vilo, lo proyectó contra un diván.

Chilton intentó levantarse. Fann le asestó un segundo puñetazo, ahora en el mentón, dejándolo sin sentido instantáneamente.

—Ahora podré actuar tranquilo —masculló.

El apartamento estaba decorado con gran lujo. En la sala había toda una pared cubierta por una enorme estantería repleta de libros.

Flatter le había hablado de la estantería y de algunas de sus peculiares condiciones, debido a que había conseguido los informes de su constructor. Fann buscó un determinado libro, presionó en el lomo y un buen trozo de la estantería giró a un lado, dejando a la vista la superficie metálica de un archivador de grandes dimensiones.

El archivador estaba cerrado con llave. Fann regresó junto al dueño del apartamento y le registró los bolsillos.

Inmediatamente dio comienzo a la tarea. Lo que encontró allí le causó asombro y náuseas. Estaba acostumbrado a muchas cosas, pero aquello superaba a todo lo que podía imaginarse.

Transcurrió un largo espacio de tiempo. De pronto Fann oyó una voz amenazadora:

—Voy a matarle, cazador.

El joven no se inmutó.

—Sé que me está apuntando con una pistola, pero le aconsejo

que la tire. No lo va a pasar bien de todas formas, pero resultaría mucho peor si me matase.

—A usted no le importaría ya, ¿verdad? —dijo Chilton, sarcástico.

—Dennis, sé que fue usted quien, por medio de la agencia Troyd y Spence, contrató al dinamitero. Siempre me intrigó el hecho de que citase a Clarabel, precisamente aquel día y a una hora tan intempestiva. Hammill estaba despechado porque su hermano, el abuelo de Clarabel, no le había dejado un centavo de su fortuna. Si los Van Thandt morían él sería el heredero, dado que era el único pariente vivo. Pero Clarabel se salvó... porque usted confiaba en casarse con ella. ¿Me equivoco?

—¿No era un excelente plan? Hubo un tiempo en que Clarabel estaba chiflada por mí...

—Diga deslumbrada, que no es lo mismo. Hay chifladuras que duran toda la vida, pero un deslumbramiento se pasa pronto. A ella se le pasó cuando conoció la noticia de la matanza. Nunca lo ha dicho, aunque yo sospecho que en el fondo ella, sin acabar de creérselo del todo, piensa que es el culpable. Por eso se marchó y se escondió durante mucho tiempo, huyendo de su persecución... la que llevaba a cabo Hammill, siguiendo órdenes suyas, porque usted le hacía presión mediante un procedimiento que desconozco, pero que no obstante debía de tener gran fuerza, cuando obedecía ciegamente sus órdenes. ¿Qué tiene contra Hammill, Dennis?

—Las pruebas del asesinato que cometió y que usted no pudo encontrar —contestó Chilton imperturbable.

—No está mal. Es usted un tipo listo aunque, como suele decirse, en este caso se le rompió el saco. Clarabel tiene su fortuna personal, pero usted ambicionaba más: la de toda su familia. Y como los padres se oponían, usted decidió matar dos pájaros... de un bombazo: eliminó la oposición y así ganaría mucho más, aunque no contó con la reacción de Clarabel y el *shock* que le produjo el horrible suceso. Quiso llenar demasiado el saco y no resultó bien. Por eso había vuelto a las andadas, con su agencia de chantaje y asesinatos, a cuyos directores usted tenía también cogidos por la nariz.

—Troyd y la señora Spence no tenían la conciencia precisamente limpia.

—Lo sé, y por eso hacían todo lo que usted les ordenaba, hasta el momento en que empezaron a sentir remordimientos. Habían colaborado en el asesinato de cuatro personas inocentes y la idea se les hacía ya insoportable. Pensaban hablar, confiando en una sentencia benigna, y eso no le convenía a usted en absoluto. Aunque remotas, usted conservaba algunas esperanzas respecto a Clarabel, y si ellos hablaban lo echarían todo a perder, sin contar con los perjuicios personales que usted podía sufrir. Lo demás, la muerte de Segan, por ejemplo, resultó un alivio, porque era una boca cerrada más...

»En cuanto a los hombres que buscaban a Clarabel y que actuaban por orden de Hammill, en realidad le obedecían a usted, como Coutts, el asesino de la señora Spence, y Kitov, su compañero de fechorías, sin contar con los esbirros de Hammill, que recibían órdenes de este pero porque usted se lo mandaba. Hammill tiene una cierta clase de reputación y tenía que mantenerla, sin que nadie supiera que en realidad era un títere en sus manos.

—Ha averiguado demasiado, cazador. No puedo dejarle marchar vivo.

Fann sonrió desdeñosamente.

—¿Espera acaso huir con el dinero que le va a entregar cierta dama a la que usted tomó fotografías comprometedoras no hace más de cuarenta y ocho horas?

Chilton lanzó un rugido de cólera:

—¡También sabe eso!

—Y muchas cosas más —respondió Fann sin pestañear—. Y no hablemos de su archivo, en el que, por si fuese poco, están los papeles secretos de la agencia que usted se llevó muy a tiempo. Algunos de esos documentos le comprometen a usted y los habrá destruido ya, pero no importa; lo que hay aquí basta para derrotarle definitivamente.

—Todavía no ha conseguido la presa, cazador —dijo Chilton, que ya daba muestras de haber recobrado la sangre fría—. Ese archivador es muy grande. Puede ocultar perfectamente el cuerpo de un hombre hasta que lo saque de aquí sin que nadie me vea.

—Dennis, es usted más tonto de lo que creía. ¿Acaso se piensa que he venido a su casa sin comunicarlo a alguien previamente?

Chilton se sintió inquieto repentinamente.

—Le gusta cazar en solitario...

—Puede que sea cierto, pero lo que sí es seguro es que jamás emprendí una cacería sin anunciarlo a quien debía saberlo. Tómelo en cuenta, tire la pistola y acabemos de una vez.

La mano de Chilton empezó a levantarse. Una extraña sonrisa apareció en sus labios.

—Cazador, ¿qué pueden hacerme por una muerte más? —preguntó.

Hubo un instante de silencio. Fann tenía un pesado libro en la mano y empezó a pensar en las posibilidades de lanzarlo a la cara del asesino.

Bruscamente, se oyó un grito:

—¡Chilton!

El sujeto se volvió. Fann dio un respingo.

Lívido, descompuesto, Hammill estaba en el umbral, con una pistola en la mano. Antes de que Chilton pudiera hacer nada, Hammill disparó cuatro tiros muy rápidamente.

El arma tenía silenciador y apenas causó ruido. Chilton dio un par de saltos convulsivos y se desplomó al suelo, con el pecho acribillado y una mueca infinita de sorpresa petrificada en su rostro.

La pistola de Hammill encañonó al joven.

—Apártese, Fann —ordenó.

Fann dio un par de pasos en sentido lateral.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—En ese maldito archivador hay documentos que me comprometen gravemente. Voy a destruirlos.

Fann señaló el inerte cuerpo de Chilton.

—¿Va a destruir también ese cadáver? —preguntó.

Los ojos de Hammill despedían llamaradas de cólera.

—Lo dejaré todo de modo que parezca que fue usted el que lo mató. Cargaré con esa muerte...

El libro voló repentinamente por los aires y se estrelló contra el rostro de Hammill.

Sonó un ahogado grito de furor. Hammill cayó de espaldas.

La pistola se desprendió de unos dedos repentinamente sin fuerza. Fann arreó una patada a la pistola y la apartó de su dueño. Cuando Hammill intentaba levantarse puso una mano en su cara y lo tumbó nuevamente en el suelo.

Acto seguido le plantó un pie en el pecho y le dirigió una ceñuda mirada.

—Hammill, escapó en la ocasión anterior y consiguió que mi testigo desapareciese. No sé si está muerto o no, pero puede tener la seguridad de que esta vez sí se sentará ante un juez y que yo testificaré que asesinó a Chilton a sangre fría —hizo más presión con el pie y sonrió burlonamente—: No sabe cuánto he deseado que llegase este momento —añadió—. Yo declararé contra usted, y además encontrarán las pruebas que quería destruir. ¿Adivina cuál es su futuro, Mitch Hammill?

La cabeza de Hammill cayó hacia atrás. En su rostro se reflejaba la más profunda desmoralización, porque sabía que el cazador, al fin, había conseguido la presa que tanto había buscado.

Estaba sentado en la playa, pereciendo lánguidamente, cuando, de pronto, percibió la sombra de una silueta que le ocultaba el sol.

—¿Por qué te escondes de mí, cazador?

Fann alzó la vista.

—No me escondía —contestó.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué significa eso de pasarte dos semanas sin dejarte ver ni tener noticias tuyas?

—Necesitaba reflexionar. Pero además me sentía demasiado cansado.

—¿Cansado? —se extrañó la muchacha.

—Clarabel, tú me has visto actuar todo este tiempo, y seguramente te pareció que era algo normal en mí, que lo hacía como si fuese un trabajo corriente, pero te aseguro que no era así. Han sido unos días de una enorme tensión, y cuando todo terminó me sentí incluso deprimido. Necesitaba unos días de aislamiento, créeme.

Ella se dejó caer de rodillas sobre la arena y luego se sentó sobre sus talones.

—No me imaginaba una cosa semejante —murmuró.

—Soy un ser humano, no un semidiós o... —Fann sonrió—. En esta época, debería decir mejor un robot.

—Sí, tenía que ser demasiada tensión —convino ella.

—Y no sólo por mí, naturalmente.

—Creo que te entiendo y te lo agradezco infinito, y siempre te lo agradeceré. Pero ahora ya ha pasado todo y tienes que empezar a

encararte de nuevo con la vida.

—Eso es verdad, Clarabel.

—Phil, ¿tienes algún proyecto para el futuro?

—No he pensado mucho todavía...

—¿Reiterarás tu dimisión?

Fann se rascó la mejilla con un pulgar.

—¿Qué me aconsejas tú? —consultó.

—Es una decisión sólo tuya —respondió la joven—. Pero te diré una cosa: lo que tú hagas para mí siempre estará bien hecho.

—Hubo un tiempo en que me ofrecieron un buen empleo en... Oh, no importa ahora. Ya no me lo darían y...

—Entonces vuelve a la policía, Phil.

Él hizo un enérgico gesto negativo.

—No, ya no volveré —dijo firmemente—. En mis ratos libres estudiaba Derecho. Apenas me falta un curso para licenciarme. Terminaré la carrera y me estableceré independientemente.

—Y defenderás mis intereses.

—Oh, con mucho gusto.

—Pero siempre, toda la vida.

—Clarabel...

De pronto ella se le arrojó encima y le hizo tumbarse de espaldas.

—Phil Fann, ahora tú eres mi presa y yo soy la cazadora. Te he cazado y no pienso soltarte en los días de mi vida.

Apoyada en un codo, empezó a soltarse los botones de la blusa.

—Casada o sin casar, como quieras, pero siempre conmigo —añadió con gran vehemencia.

—Clarabel, ¿qué haces?

Ella se echó a reír.

—¿Tú me lo preguntas? —Bruscamente, se puso seria—. Phil, hace tiempo me encontraste perdida en el bosque, inconsciente... Me cuidaste hasta conseguir que recobrase la salud... Me bañabas y me atendías como si fuese una niña de pocos meses...

—Eso es cierto.

La blusa fue a parar a un lado.

—Ahora ya no me importa que me veas sin ropa —dijo Clarabel.

—Pero... tendremos que regularizar nu... nuestra situación...

—Hay tiempo, me parece, ¿verdad?

Clarabel terminó de despojarse de sus ropas y se tendió a su lado sobre la cálida arena.

Súbitamente Phil se sentó en el suelo, a la vez que se daba una palmada en la frente.

—¡Maldición! —exclamó.

Clarabel se sentó también, muy alarmada.

—¡Phil! ¿Qué te ocurre?

—Lo había olvidado ya. Sally y Flatter se casan hoy —él miró su reloj—. Cielos, apenas faltan un par de horas... Si me descuido llegaré tarde.

El joven se puso en pie de un salto. Clarabel se levantó también y recogió sus ropas en un montón, sujetándolas delante de su cuerpo.

—No me habían dicho nada —se quejó.

—Quieren una ceremonia íntima. Pero Sally me dijo que iba a invitarte.

—Seguramente no me encontró en casa. Aguarda, Phil, deja que me vista; no pretenderás que vaya a la boda en traje de Eva.

Fann sonrió de un modo extraño.

—Se me está ocurriendo una cosa —dijo, mientras ella empezaba a ponerse la falda.

—A ver, dime, cazador.

—Sally y Flatter se casan delante de un juez de paz. Podíamos pedirle que celebre dos bodas...

Los ojos de la muchacha despidieron vivos destellos de placer.

—Con una condición —dijo.

—¿Sí?

—La boda será dentro de dos horas; dos horas más tarde estaremos aquí nuevamente...

Fann agarró la mano de Clarabel y tiró de ella.

—Cuando volvamos será de noche, pero habrá luna llena —dijo alegremente.

FIN



9 788402 025135

01715



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

